



**JURADO:**

Ramón Acín Fanlo. C amino Ibarz Gil. Antonio Pérez Lasheras. Antonio Royo Oliván  
(Secretario)

**EDITA:** Gobierno de Aragón. Departamento de Servicios Sociales y Familia. Instituto Aragonés de la Juventud. C/ Franco y López, 4. 50004 Zaragoza

**COORDINA:** Servicio de Programas y Prestaciones

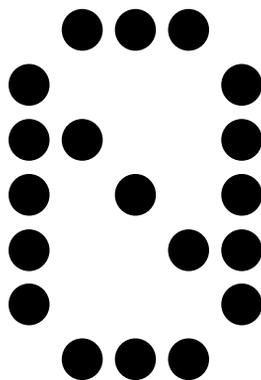
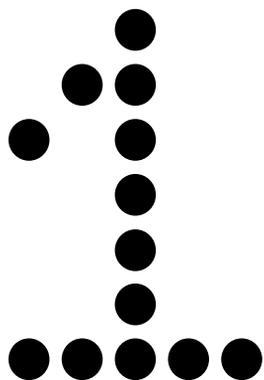
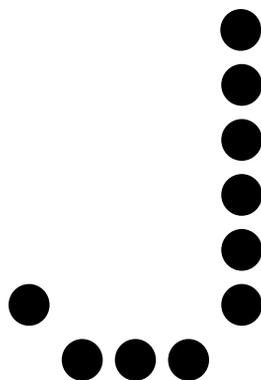
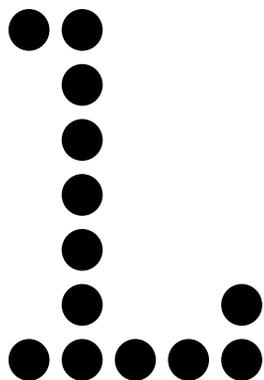
**DISEÑO Y MAQUETACIÓN:** Versus Estudio Gráfico, S.L.

**PREIMPRESIÓN:** SoluGraf, S.L.

**IMPRESIÓN:** Octavio y Félez, S.A.

**I.S.B.N.:** 978-84-8380-242-7

**D.L.:** Z-3436/10



# Literatura Joven

2010



Patrocina



# Índice

## SALUDA

Ana Fernández Abadía

Consejera del Departamento de Servicios Sociales y Familia ..... 6

## SALUDA

Marta Aparicio Sainz de Varanda

Directora gerente del Instituto Aragonés de la Juventud ..... 7

## PRIMER PREMIO

Todos los días del árbol

Delia Sagaste Abadía ..... 9

## SEGUNDO PREMIO

La cotidianeidad destruida

Laía Argüelles Folch ..... 43

## ACCÉSIT

Vida subjetiva

Pablo Rocu ..... 67

## ACCÉSIT

Extrarradio

David Yáñez Barroso ..... 107

**Ana Fernández Abadía**

Consejera del Departamento de Servicios Sociales y Familia

El Certamen de Literatura Joven no sólo nos permite seguir abriendo puertas a la creatividad y seguir apostando por el trabajo de los jóvenes aragoneses, también nos enseña cómo piensan y qué les preocupa: el empleo, la vivienda, las relaciones personales... son temas recurrentes en los textos que ahora presentamos y que nos recuerdan cuál es la dirección que el Departamento de Servicios Sociales y Familia del Gobierno de Aragón debe tomar para cumplir las expectativas de los ciudadanos más jóvenes.

Ésa es nuestra misión y en ella ponemos todo nuestro esfuerzo. Por eso no nos olvidamos del arte y de la creación joven en cualquiera de sus manifestaciones. La voz de nuestros jóvenes tiene que ser escuchada, leída, estimulada y promocionada. Y Aragón puede presumir de una generación que estudia, que trabaja y que, además, tiene suficientes inquietudes como para que año tras año el Gobierno de Aragón y su Instituto Aragonés de la Juventud premien ese esfuerzo.

Estoy orgullosa de poder presentar los relatos premiados en la decimoséptima edición del Certamen de Literatura Joven. Toda una oportunidad también para fomentar la lectura con cuatro creaciones, en prosa y en verso, con las que dejarse llevar por la magia de las palabras.

**Marta Aparicio Sainz de Varanda**

Directora gerente del Instituto Aragonés de la Juventud

“B recuerda que cada curso escolar se celebraba un Día del Árbol en su colegio, y cada año se llevaba a los niños al campo para que plantaran un retoño con la promesa de que, tras esa jornada, crecerían decenas de árboles para repoblar el terreno”. Tomo prestadas estas palabras de Delia Sagaste, primer premio del Certamen de Literatura 2010 con “Todos los días del árbol”, para presentar la publicación de la décimo séptima edición de un certamen que quiere ser un retoño más de la creatividad, la imaginación y la inquietud de la juventud aragonesa.

Año tras año, el Instituto Aragonés de la Juventud sigue fiel a su compromiso. Cual jardinero fiel hace cuanto está en su mano para estimular la creación joven convocando concursos y presentando este tipo de publicaciones que sirven para que muchos jóvenes escritores publiquen por primera vez negro sobre blanco.

La prosa de “Todos los días del árbol” y el verso de “La cotidianeidad destruida”, “Vida subjetiva” y “Extrarradio” son ejemplo de esos árboles que siguen creciendo entre la sociedad y que, como Instituto Aragonés de la Juventud, debemos cuidar y aplaudir para disfrutar mañana de un nuevo y frondoso bosque.

# Todos los días del árbol

Por Delia Sagaste Abadía

Zaragoza, 1981

**Primer premio**

A las 09.32 pm, B abre el armario de su habitación. Allí hay todavía un par de perchas con prendas masculinas. Lleva una semana y media abriendo sólo una de las puertas para evitar su visión. Las saca y las tira encima de la cama. En realidad, no hay mucha ropa: un par de pantalones de pana, un pijama peterpanesco de *Los Simpsons*, dos camisas arrugadas y una sudadera con una atroz mancha de lejía. En realidad, él no guardaba allí nada que mereciera mucho la pena y B, con gran sentido del drama, siente que eso también puede aplicarse a ella. Ofreció esas prendas a un amigo, pero lleva esperando días a que se dejé caer por allí y no puede soportar la idea de convivir con la más mínima huella del agravio sufrido. Echa todo a una caja de cartón y pasa por el baño, donde retira del estante un bote de espuma de afeitar, un cepillo de dientes y un frasco de colonia barata. Con gran determinación, carga con la caja hasta el descansillo y llama al ascensor. Sale al portal y vierte los objetos de la caja en un contenedor de basura. En unas horas la empresa municipal de gestión de residuos habrá terminado el trabajo que ella no es capaz de hacer por sí misma. A las 02.00 am de la madrugada siguiente, arderán sus rabias, reproches y tristezas junto a los restos orgánicos que la ciudad haya engendrado ese día. La Administración debería implementar, por el bien del ciudadano, un servicio de reciclado de material emocional. B pesa 30 kilos menos. Sube a casa y se tumba en la cama. Solloza un rato enroscada en postura fetal. Enciende una vela de vainilla. Pone música de ruptura. Se envuelve en una manta de autocompasión y se sirve un vaso de pena negra. Mira el móvil. Todavía lo mantiene junto a sí en la almohada, por las noches, sólo por si él se arrepiente y se decide a desvelarla. Hace cinco llamadas a cinco amigas distintas que, con gran dedicación, la consuelan

en cinco estilos distintos. Todo es inútil. Un pequeño fin del mundo ha tenido lugar en su vida. Y, por si fuera poco, este mes la factura del móvil va a ser terrible.

A las 09.17 am, una chica llamada A hace su entrada en una oficina del INAEM situada en la calle Doctor Cerrada de Zaragoza. Antes de esa misma mañana, ni siquiera se fijaba en la fachada del edificio cuando pasaba por allí. Al parecer corren tiempos difíciles, constata mientras se fija en una madre y su hija que sellan a la vez sus respectivas papeletas del paro. Una chica con aspecto de tener su edad empuja un carrito de bebé y se pone a la cola de información. Gente de toda extracción socioeconómica, procedencia y raza componen un bello panorama extraído de un anuncio de Benetton, pero sólo consiguen producir en A cierto sentimiento de desazón, en lugar de armonía universal bien peinada. Las filas ordenadas, las miradas atentas y a la vez fatigadas de todo el mundo, la diversidad del forzado elenco le invitan a fantasear con que, a una señal dada por un funcionario de horrendas gafas, esos cientos de personas abandonarán sus asientos, se tomarán de la mano y entonarán junto a A el himno de la cocacola, al mundo entero queriendo dar un mensaje de amor. Nada de ello sucede, de modo que A corre obediente cual hamster a las máquinas expendedoras de turno y pasa a convertirse en el sujeto I074 y el A048. Mira a su alrededor, baremando mentalmente el *Curriculum Vitae* de las personas que la rodean. ¿Serán licenciados como ella? ¿Le suena ese chico joven de la Facultad o de la Zeta? ¿Tendrá el Máster del que ella carece? ¿Qué pasa si se chocan el escudo más resistente del mundo contra la lanza más poderosa? Para recordarle que la vida es maravillosa y rica en cosas bonitas, suaves y esponjosas, se le aparece una hermosa escena: una chica de unos veintipocos que acaba de echar los papeles es consolada

por su (¿apuesto? –calibra A– pssi...) novio, quien le susurra que no se inquiete. Algo le saldrá. A se descalza, se quita un calcetín, le cose dos ojos y se fabrica una rudimentaria marioneta que, desde su mano izquierda, la consuela.

–No te inquietes A, algo te saldrá –le dice su nuevo amigo el Calcetín.

–No pasa nada, Calcetín... si yo no quiero que me salga trabajo, sólo quiero aprovechar el paro para sacarme de una vez la bendita oposición a secundaria.

–¿A quién quieres engañar? Nunca te ha gustado la idea... sólo haces eso porque tu familia está preocupada por tu futuro...

–Ya, ya... oye, ¡que ya me toca!

C está aislado en Londres por la nube de cenizas de un volcán islandés. Piensa en Julio Verne y en viajar al centro de la tierra. En los líquenes que cubren la tierra despoblada al norte, en los leprosos que rehuyen la marcha de los exploradores. En el centro de la tierra sólo hay magma, nada de emociones, ni culpas. Una temperatura imposible de medir y un movimiento sólo superado en lentitud por el giro de las estrellas. Todo se mueve despacio, como las placas terrestres, como la nube de ceniza que mantiene a C en una ínsula húmeda y agradablemente ajena. C consulta en la wikipedia la temperatura estimada en el centro de la tierra. Piensa en los monstruos imposibles que acechan al protagonista en la siguiente caverna. Visualiza la portada de *Cinco semanas en globo* y recuerda el día que ella le habló de *Las tribulaciones de un chino en China*, un relato menos conocido de Verne y que a ella, tan amante de todo lo asiático, la había empujado a buscar siempre lo exótico y lo raro. Se pregunta qué estará haciendo ella en este momento. Por un momento la echa de

menos, imagina que está feliz o triste. O excitada por otro hombre, subiendo y bajando a ritmo de funky sobre el cuerpo de un tipo de rostro invisible. O peor aún: riéndose con algún artistilla en una mesa de café, contándole algo muy gracioso al desconocido que provoca su risa. Habla tan bajo que C no puede oír el chiste que ella ha regalado junto con una caricia en el antebrazo del muy desgraciado. Le encantaría no perderselo. Beber sus palabras aunque ella perteneciera al otro. Subir el volumen de audio de su fantasía y bajarlo cuando ella despotrique de su pasado. Ella siempre le hacía reír. Duda unos instantes, pero finalmente abre el correo electrónico y pulsa “Nuevo”.

A acude a la mesa uno, donde una gentil funcionaria le hace saber que la categoría “Historiador del Arte” no existe como tal en su base de datos. “No existe en ningún sitio en realidad. A mí también me tomaron el pelo”, está a punto de responderle.

–Voy a ponerte como historiador, porque si no, no te puedo poner en ningún sitio.

–Da igual. Si les voy a decir que no.

–¿Cómo que les dirás que no? –mira capciosa, mientras A se muerde la lengua y ve esfumarse su prestación por desempleo.

–Me refiero a que si me quieren contratar para hacer tareas como historiador no sabré cómo hacerlas, ¿sabe? –responde rápidamente y evitando precisar el concepto “tareas de historiador”.

Vuelve a mirar con hastío su pantalla y hace girar veloz la ruletila del ratón.

–Es que en tu certificado de empresa figuras como “Investigador en formación”, pero si tecleo “investigación” en el programa informático sólo aparece la opción “detective particular”.

Por un instante la idea le agrada y acaricia la idea de documentar infidelidades para divorcios. Ya se está poniendo una gabardina y un favorecedor sombrero mentalmente, cuando escucha la siguiente pregunta.

–¿Y ahora qué haces, exactamente?

–Pues ahora estoy preparando oposiciones a secundaria...

La funcionaria, que ha descubierto en ella a una joven sensata y pragmática, adopta un tono conciliador y maternal, lo cual termina de hundir a A en un pozo oscuro habitado por morenas. Y, mientras sube sus gafas de pasta azules hasta el puente de la nariz, le formula la única cuestión para la que A no se siente preparada.

–Vamos a ver, entonces... vamos a mandarte a orientación laboral, porque con tu perfil es difícil inscribirte en un apartado concreto. A ver, a ver... ¿tú qué habilidades y destrezas has venido desarrollando estos últimos años en tu anterior puesto de trabajo?

Esa, amiga funcionaria, es una buena pregunta, se dice a sí misma A.

–Puedo vanagloriarme de poseer una gran sensibilidad para interpretar críticamente el hecho artístico, es decir, el análisis de la obra de arte en el horizonte cultural y social de su época, un conocimiento indispensable para la formación integral del ciudadano actual –responde A, deseando que la otra goce de un sutil sentido del humor.

Impávida, su interlocutora frunce los ojos un milímetro y entrea-bre la boca..

–Bueno –añade A sucumbiendo a lo inevitable– también tengo cierta experiencia en animación infantil y tiempo libre.

–¡Ah! ¿Como de payaso, monitor y esas cosas? –exclama la otra con alivio.

–Sí. Exacto... –responde A resignada a su destino.

–Bien, pues entonces puede que pueda meterte en otro apartado... ¡ah! –Se detiene un instante, feliz ante la idea que ha germinado en esa mente que nunca se verá apartada de la función pública. Se inclina sobre su escritorio, mira sonriente a A y, casi musitando, propone acariciante –Oye, mira, resulta que el domingo que viene me han fallado las payasas que venían a la comunión de mi hijo a trabajar. Digo payasas con todo el cariño, ¿eh?, que una es sobrina mía y todo. ¿A ti... a ti te importaría, te vendría bien, o sea... , me lo harías? ¿Sabes algo de globoflexia?

A ratos, B piensa en su ex como en un miembro fantasma, ya que en ocasiones, todavía siente su presencia invisible junto a sí, como si se lo hubieran amputado limpiamente tras un lance de guerra, y sus terminaciones nerviosas pudieran continuar un abrazo, una caricia, una mirada cómplice. Con la cruel certeza de un lisiado, abre los ojos para descubrir que él ya no ocupa el lado izquierdo de la cama. Extiende el brazo con cierto sentimiento agridulce y se concentra en descontar segundos al proceso de duelo, que su entorno personal conceptúa en unos pocos meses. El estribillo viene siendo monótono últimamente: todo el mundo le dice a B que ha pasado por el mismo trago. Todo el mundo le dice a B que ellos han terminado por recuperarse. Todo el mundo le dice a B que es cuestión de tiempo. Pero B quiere sentir que se escapa de la norma general y, que, en su caso, una ilusión pequeña pero brillante ha muerto en su interior para siempre. La amputación había tenido que ser más radical de lo planteado para salvar a la herida y, por desgracia, la Medicina no ha avanzado lo suficiente todavía en ese tipo de trasplantes. Habría que esperar a los avances de los experimentos con células madre. Recientemente, *Nature* ha dado a cono-

cer que en un laboratorio chino han sido capaces de generar ilusión *in vitro* a partir de la médula espinal de unas ratas.

C ha ido a comer por la zona de la City. Ve pasar a dos ejecutivos con maletín y piensa en el trabajo que acaba de dejar en España, en el modelo de empresa que le vendieron. Al igual que muchos jóvenes con elevada formación y amplias miras, él también creía en el país de Oz, en un verde valle del silicio lleno de empresas tecnológicas en las que los trabajadores celebraban su cumpleaños con sus directores generales, todos ellos vestidos con pantalón corto y camisetas de series de culto y superhéroes. Una empresa sin junta de accionistas pero con parque de juegos, con menú del día ecológico y colegueo en los descansos, trabajadores desplazándose en patinete por los pasillos y aprendiendo salsa a primera hora de la mañana, justo antes del *brainstorming*. No más señores gordos con puros habanos. No más bolsas con el símbolo del dólar en la caja fuerte secreta de la sala de juntas. No más malos rollos. Todos igual de válidos, eficaces y felices. Hasta que un mal día, las cosas empezaron a joderse acá y allí y en todas direcciones. Las sonrisas se helaron en las caras de todos y, entonces, C descubrió que debajo de los adoquines amarillos de aquella fantasía, corría la misma ambición deshumanizada que en los negocios de toda la vida. Y que un jefe es un jefe. Y su empleado es su empleado. Había sido guay mientras duró. Por eso se había marchado de España. Por eso, y por algún detalle más...

A regresa a casa desde la oficina del paro. Comparte un pisito vetusto con un par de conocidas con las que apenas se relaciona. Ellas trabajan de mañana, así que cuando llega, el piso le pertenece por entero. Mira en derredor ese rinconcillo del

mundo que ha convertido en un hogar de transición hacia otro que tampoco será el definitivo. Contempla los muebles oscuros y pesados de tercera mano, los postigos de ventanas que no encajan, la preceptiva lámpara de papel japonés... y siente una íntima satisfacción por haber encontrado un lugar lo suficientemente cutre como para poder permitírselo, pero no tanto como para avergonzarla ante su familia y amistades. Hace tiempo que descubrió la utilidad de la aplicación de los recursos literarios a la vida real. En concreto, ahora recurre mucho a la sinécdoque. La parte por el todo. Millones de veces usada en el arte y la literatura anteriormente. Un buen día A se levantó y miró en derredor. No le gustó lo que veía: una ventana sin cortinas. No merecía la pena comprar cortinas si cada año se cambiaba de piso de alquiler y no debía almacenar muebles ni enseres en propiedad. Ese tipo de circunstancias la habían conducido sin remedio a la sinécdoque. Y la practicaba con fruición. Ya el maestro escultor medieval sabía como ahorrar recursos: cómo voy a ponerme a picar en la portada de esta ermita de mierda el Paraíso Terrenal, si vienen una vez al año nada más. Un bosque entero me piden por contrato, nada menos. Mira, pongo una rama con una manzana y el que quiera entender que entienda. Eso era la sinécdoque, y A está segura de que es la primera que utiliza la sinécdoque para idealizar esa vida de revista que a su madre le encantaría que tuviera, con su piso de 90 m<sup>2</sup>, su hipoteca y una vajilla para las ocasiones especiales sin desportillar. Entra en la cocinita para empezar a prepararse algo de comer. Abre el cajón de los *gadgets* de cocina y los contempla orgullosa. Tiene mil y pico. O así. Y puede que A no pueda permitirse un piso de nueva planta, porque a ella Caja Madrid no le fiaría para fichajes galácticos; puede que no tenga previsto construirse una casa en cuya cocina pueda ir marcando el crecimiento de sus vástagos con un lápiz, y puede que allí funcione un fogón

de cuatro... pero un dichoso día en el pasado, alguien clarividente en la cúpula de El Corte Inglés entendió la urgente necesidad de asideros emocionales de personas como A, y creó una Sección de Menaje. A llevaba años haciendo acopio de pequeños instrumentos de aluminio, brillantes y limpios. En su prístina virginidad de cachivache doméstico, llenaban un vacío vital que no habría conseguido completar de otro modo. Reflexiona un segundo sobre esas parejas que se aburren al año de casados y se compran una Thermomix. Más modestamente, hacía poco que había adquirido en Ikea un delantal con dibujos geométricos de colores que, tal y como concibió la Bauhaus, había hecho de su vida algo mejor. ¿Qué son estas cosas? –pensó– ¿Por qué me complico la vida? ¿Por qué necesito cortar la pizza con un cortapizzas si en el instituto las cortaba con una ferruginosa tijera para manualidades? Antes de que fuera consciente de ello, compró un descorazonador de manzanas, la droga blanda que servía de puerta de entrada a los moldes de repostería de silicona. No fue capaz de decir simplemente no a los pinceles para el aceite. Porque cuando uno empieza, nada lo detiene. Pulverizadores de aceite para ensalada. Molinillos eléctricos de pimienta. Recogedores de migas. A cierra los ojos, mientras aprieta entre sus manos un monísimo reloj de cocina en forma de pollito con gorro de chef. Su alma transparente abandona su cuerpo carnal como si se evaporara, flotando hacia un lugar mejor. Abre mentalmente las puertas de su cocina italiana. Su cocina. Si abre los postigos de las ventanas, a un lado contempla la Toscana y al otro, un paisaje del norte con poneyes de colores pastel que trotan displicentes por los veinte acres de su terrinito. Del techo cuelgan cacharros de bronce y ramilletes de hierbas aromáticas. Sin embargo, amigos, A es un ama de casa moderna y, sobre la repisa de granito gallego tallada por un picapedrero agote, descansa un robot de cocina con intelligen-

cia artificial, camuflado por un trapo de cocina bordado a mano. El amarillo de los limones sicilianos lanza guiños desde la ventana, y las cabecitas angelicales de los niños desfilan por la cocina a la hora del desayuno, somnolientos, provocando una alegre e inofensiva algarabía... A puede casi escuchar la leche llenando los tazones de loza para hacer sopas de pan.

En la mente de C aflora el recuerdo de una de las contadas noches en que iba a visitarla a su casa. Él está sentado junto a ella en su sofá, viendo a disgusto una vieja película en blanco y negro que ella insiste en ver siquiera unos minutos. C no ve cine antiguo porque le resulta lento y tedioso, pero ella siempre quiere ver ese tipo de películas. Un matrimonio al que no parecen funcionarle mucho las cosas viaja por Italia, pasea por campos y ruinas y mantiene diálogos interminables. No es que C sea un patán, pero frente a la taquilla del cine, siempre termina imponiendo su deseo y ven comedias o *thrillers* políticos. Va a pedirle que zapee un poco pero una imagen lo detiene. La pantalla muestra una famosa escena que C no había tenido ocasión de ver: dos pompeyanos abrazados, dos amantes sorprendidos por la gran marea de lava que les arrebató la vida de forma sádica, pero que también fija su desdichada historia de amor a la Historia romántica de la humanidad, a una desoladora canción sin sonidos. La imagen conmueve a C de tal manera, que se inclina sobre su novia y la rodea con sus brazos. De forma muda, no está tanto protegiéndola, como suplicando que le salve la vida.

B entra en una librería a la que no suele ir, porque quiere comprar un libro de autoayuda que le han recomendado y no quiere que su librero habitual piense que es anormal. Ni que piense que ha fracasado. O que alguna imperdonable tara tendrá B para

encadenar derrota tras derrota. O que no es feliz. Su librero debe seguir vendiéndole *best-sellers* veraniegos y manuales técnicos. Nada más. Y dejar de plantearse nada acerca de su felicidad. Maldito librero metomentodo. Quién le manda hurgar en su intimidad. Sin embargo, su fe de lectora hace que necesite leer “B, esto también pasará” en letras impresas, negro sobre blanco, con notas al pie si es posible, firmado por el famoso doctor Mac Cachis, porque ya no le basta con las palabras cargadas de paciencia y cariño de sus amigos. Por eso ha entrado en el departamento de libros de unos grandes almacenes y está buscando el pasillo de libros de autoayuda. No lo encuentra. Por un momento se le ocurre que, con el fin de salvaguardar la identidad de sus clientes necesitados de ayuda (narcolépticos, cleptómanos, ninfómanos, B), esa sección está oculta en los sótanos del edificio, al final de un largo pasillo lleno de trampas físicas y mentales. Para acceder a ella, es necesaria una clave secreta que unos encapuchados te han tatuado en el brazo con anterioridad, después de llevarte con los ojos vendados a un cuarto oscuro. Tras deambular 13 minutos sin rumbo, B descubre que hay otros medios más eficaces para disfrazar el patetismo de afán de superación. Lo que busca recibe el nombre de “Crecimiento personal”.

—¿Le puedo ayudar en algo?

B se da la vuelta y descubre ante sí a un dependiente joven y atractivo. Seguro que no necesita ningún libro de autoayuda. Más bien se le ve capaz de servir de valiosa ayuda para cualquier chica melancólica.

—No, no gracias... no encontraba el pasillo que necesitaba. Este no es. Sólo buscaba un libro para un regalo, no para mí —miente avergonzada.

—¿Algún autor o género en particular?

–¿Cómo?

–Que le guste a la persona a la que le quiere regalar el libro. A él, o a ella.

–Mmm... no, no, ella, bueno él, o sea, mi padre lee bastante, pero no sé...

–¿Algo de novela histórica, quizás? La gente se está llevando mucho *Toda la Visigoda* –le dice el chico con una amplia sonrisa, tendiéndole un tocho en tapa dura. En la portada, una fornida rubia con tocado altomedieval y sexy armadura enarbola un hacha. Está pisando la espalda desnuda de un seductor sarraceno. B le encuentra cierto parecido con Angelina Jolie.

–Ah, ¿sí? –dice ella, no muy segura de sí la aguerrida Toda sería más asertiva en su lugar.

Minutos después, B abandona la librería con una bolsa en la que el amable dependiente ha metido la saga completa de *Toda la Visigoda*, “heroica guerrera, científica y feminista avant-la-lettre. Pero, por encima de todo, mujer apasionada” como reza la contraportada. Cuatro volúmenes envueltos en papel de regalo y muchos deseos de que gustara en forma de pegatinas. En la acera de enfrente hay una pequeña librería. Allí la dependiente es una señora mayor, una de esas señoras que han alcanzado un nivel de sabiduría que les confiere una perenne y beatífica sonrisa budista. Señoras que se compadecen de la futilidad de los sueños juveniles. Señoras que han visto la vida tal cual es y no admiten dramas innecesarios. Por fin, alguien con menopausia avanzada para atenderle sin juicios de valor. Ante ella, B abre su corazón y su mente. Se arma de valor y pregunta si tienen el título del doctor Mac Cachis.

–¿No eres muy joven para creer que tienes tantos problemas?

La madre de C le hace una perdida al móvil desde España. Hace días que no sabe nada de él. Está preocupada. C se siente culpable por haberles dejado un poco abandonados y piensa en lo cómodo que estaría todavía viviendo con ellos. Piensa en sus perros. Y valora la posibilidad de adoptar a un chucho inglés a quien sacar a pasear temprano y a la noche. Alguien a quien rascar detrás de las orejas y que le dé cariño. Está de acuerdo en que los perros son mejores personas que las personas. De hecho, él es consciente de que está demasiado acostumbrado a ser querido por sus perros. Ciega y obedientemente. Ella le quería así y solía mirarle con adoración y entrega. Si hubiera tirado su zapatilla, se la habría traído de vuelta. Y no le gustaba. Sabía que no era justo. Una voz interna, que C suele acallar, le ruega que aprenda a querer como un perro. Vuelve su mirada a la pantalla del ordenador y sigue tecleando.

Soy demasiado joven para creer tener todos estos problemas. No tengo problemas. Creo tenerlos. Ese es mi problema. Mientras abre el buzón para retirar la eventual propaganda, en la cabeza de B resuenan las palabras que la librera le dedicó el otro día. Pero no puede evitar que se mezclen con los jugosos diálogos de *Toda la Visigoda*, cuando le dice al moro Al-Tarik, “Soy mucha mujer para todos tus ejércitos –profirió Toda retirándose el velo que ocultaba su ebúrnea faz–. Pero sí te acercas solo a mí, puede que te encuentres a una pobre niña asustada”. Ya lleva a medias el segundo tomo, *Toda cabalga sola*. Se sorprende al descubrir que hoy no sólo le esperan folletos de gimnasios de barrio y cartas comerciales dirigidas a antiguos inquilinos. Su mano toca un sobre de tacto suave y agradable. Confeccionado artesanalmente en papel caro, tiene una forma más bien cuadrada y va dirigido a nombre de B.

(Dibujo de dos pajaritos enamorados)

Las familias Omega y Épsilon tienen el placer de invitarte  
al enlace de sus hijos N y Ex-ex  
que contraerán matrimonio  
en el Ayuntamiento del pueblo de B  
el 22 de junio a las 15 horas

Se ruega confirmación

Si deseas hacer tu obsequio en metálico,  
puedes ingresarlo en la CCC xxxx-xxxx-xx-xxxxxxx

Ex-ex fue el primer gran amor de B y su primer gran error. Afortunadamente, hoy B es capaz de recordar aquella época con mucho cariño, capaz de perdonarse y perdonarle por las jugadas poco limpias del pasado y, sobre todo, muy capaz de alegrarse de que las cosas le vayan bien a Ex-ex. O eso creía hasta que encontró el puto sobre en el buzón.

Acostado en la cama del hotel en el que lleva unos días alojado, C recuerda el día que decidió largarse. C dormitaba en la cama, pegado al cuerpo de ella, como dos cucharas sin estrenar en el cajón de la cubertería buena. Les encantaba dormir así a ambos, cuando las luces se apagaban, las voces se extinguían y se hacían menos evidentes sus diferencias. Se abría una tregua en aquella relación errónea, que había terminado por adoptar la fea forma de una discusión constante, en la que los dos litigantes nunca iban a ponerse de acuerdo. Tan sólo los minutos que se abrazaban parecían dotar de sentido a aquella historia, porque C sentía tanto miedo y tristeza en su vida, que aceptaba aquello como mal menor, y estrechaba aquel pequeño cuerpo como el náufrago que se aferra a una rama podrida a la deriva. Más pronto o más tarde, ambos se hundirían.

A su lado, ella parecía haber despertado y empezó a acariciar a C, quien todavía rumiaba la última conversación antes de quedarse dormido.

–¿Me quieres?

–Sí –musitó C.

–¿De verdad?

–Sí –repitió.

Ahora la mano de ella había bajado e intentaba excitarle sin éxito, mientras le daba suaves bocados en el hombro. C permaneció quieto, conteniendo la respiración y con todos sus músculos en tensión. Como un organismo autosuficiente que no se relaciona con su entorno, simplemente no podía emitir una respuesta física o verbal. Déjame, pensó. No quiero estar aquí. No podía. Sintió una inmensa pena por ella. Y por sí mismo.

–Te quiero –susurró ella–... ¿Me quieres?

–Siempre me dices que me quieres –dijo C sin volver la cara– Y es para que yo te conteste lo mismo...

–Lo siento...

–Deja de decir lo siento, por favor.

Tres segundos después, C decidió que tenía que escapar de esa cama. No podía seguir siendo una estatua de sal en la vida de nadie. Huiría lejos. Aunque lo haría también por ella, era consciente de que, por encima de todo, lo haría por él. No quería seguir sintiéndose un hijo de puta.

A espera en su portal. Al despertar esa mañana, ha descubierto que sólo tiene 37 céntimos en el monedero y que no le han ingresado el sueldo de este mes todavía. No puede coger el bus que la lleve al Colegio Los Rosales, en el extrarradio, de modo que llama a Jefa, su responsable en la empresa de actividades extraescolares *Niños Felices-Padres Satisfechos S. L.*, para la

que A lleva un par de meses trabajando por un sueldo de culí chino. Allí se encarga de algunas clases de repaso en varios colegios, juegos y talleres de baile y teatro. Rezongando, Jefa acepta desviarse y pasar a recoger a A. Van a supervisar el ensayo final de la obra que, bajo la dirección de la esforzada A, unos niños de 4<sup>º</sup> de primaria van a representar en una fiesta escolar. A entra al coche saludando sin mucha alegría, porque sabe que el principal objeto de inspección va a ser ella. Junto a la chica que conduce, una monitora de inglés que a A le parece particularmente petarda, viaja la jefa de ambas. Para su sorpresa, A ha disfrutado las últimas semanas de los ensayos con los chavales, aun cuando no pudo elegir la obra a representar. Fue arduo hibridar la historia de un internado en el que estudian magos y brujas, argumento que los niños habían propuesto desde el inicio, con la obra *Los Pitufos van de viaje*, que le pasó fotocopiada una desactualizada Jefa de Estudios. Obviamente, ningún niño quiso encarnar a pitufo alguno, de modo que A ha asumido el rol de Papá Pitufo; un Papá Pitufo en su desconocida faceta como quiromante y prestidigitador, que juega un papel trascendental en las aventuras de los pequeños magos, desbaratando los planes de una malvada bruja caníbal. “Vamos, queridos aprendices de magos –dice impostando acento pitufo en un momento dado– Usad vuestra magia con responsabilidad”. “¿Por qué hablas en mexicano?”, preguntan los niños. Cuando llegan a la puerta del pabellón deportivo, los actores ya les esperan con sus disfraces caseros de mago y los nervios desbocados. Nada más empezar el ensayo, es censurado un chiste en el que está involucrado un eructo, muy apreciado por todo el reparto. Jefa y Monitora ponen el grito en el cielo. Se censura la escena. También un trasunto de misa negra que había escrito A, y de cuyas connotaciones eran completamente inconscientes los chicos. Cada vez más desanimada, A observa

desde un rincón del escenario cómo los niños se ponen nerviosos ante el ceño fruncido y los comentarios de las intrusas, y como los rictus de estas no dejan lugar a dudas. En un momento dado, Monitora de Inglés, sobre la que A ya ha decidido que es tonta perdida, se levanta y critica a un niño gordito cuya lengua tropieza con las palabras difíciles de su diálogo.

–¡Pero así no! ¡Tienes que vocalizar! Vamos a ver... –se sube al escenario con los niños y les pregunta gesticulando– ¿Es que no habéis visto a Harry Potter? ¡Menuda impresión les váis a dar a vuestros padres!

Al ver que Monitora agarra el gorro de bruja de una niña y se lo pone, A ya no aguanta más

–Oye, a mis niños no les gritas tú –protesta A apareciendo en escena desde cajas, con el disfraz de Papa Pitufo a medio poner.

–¿Cómo dices? –responde sorprendida Monitora dando un paso atrás.

–Lo que oyes... –dice A mientras le apunta con una varita mágica–. Que no les grites. Menuda educadora estás hecha tú. ¿Harry Potter? ¿Es que eres tonta o qué? ¿Te piensas que esto es el Actor's Studio?

–¿El qué? –responde perpleja Monitora, dando un paso atrás.

–Mira A, con esa actitud tan inmadura, no se puede ir por la vida –amenaza desde abajo Jefa–, mañana pásate por las oficinas y hablamos seriamente.

–¡Me la pela! Estoy harta de vosotras, de la mierda que me pagáis, y de cómo nos tratáis a mí y a los críos –grita A, arrancándose la barba postiza.

–¡Ha dicho mierda! –ríen los minimagos, bailoteando en torno a ellas.

–Ya te dijimos que vigilaras tu lenguaje, A. Este es un colegio serio y algunos padres ya se ha quejado de tu actitud y de tu forma de vestir.

–Te vas a arrepentir de esto, guapa –dice venenosamente su compañera, a quien el gorro de bruja encaja mejor que nunca–. Y a Zaragoza te vuelves a patita.

Cuando el último de los niños se ha marchado y A está finalmente sola, escondida detrás de la marmita mágica, saca el móvil y hace una llamada de auxilio.

–¿Y esa cara tan azul? –pregunta divertido su primo cuando la ve acercarse al coche– ¿Estáis ensayando *Avatar* o *Braveheart*?

–Otro clásico. Mejor no preguntes –contesta triste–. Oye, muchas gracias por venir a recogerme. Es que me han dejado tirada y no tenía ni un euro para el bus porque estas mismas cabronas de la empresa no me habían ingresado la pasta, y... en fin... una mierda de día.

–No te preocupes –contesta él–. Te devuelvo a casa.

C se despierta ya tarde en la cama del hotel. Toma una ducha y se masturba bajo el agua tibia. Vuelve a meterse a la cama y se da cuenta de que no puede pasarse otro día sin salir de la habitación del hotel, aunque esté conectado al mundo por internet y el canal de noticias de la tele, que no ha apagado en toda la noche mientras dormía. Al fin y al cabo, está allí para empezar una nueva vida. Comprueba la hora en el móvil y trata de calcular si le da tiempo a hacerse otra paja antes del desayuno o le cerrarán el comedor. Decide que comerá temprano. Abre el portátil y se conecta para comprobar su correo electrónico, sólo por si ella se ha animado a responder. Pero sólo hay lamentos de antiguos compañeros de trabajo a los que tomó por sorpresa su

decisión de marchar sin más, algún antiguo cliente todavía no avisado y varias solicitudes de amistad como amigo *Facebook*. Eran de gente a la que había conocido en una fiesta hacía tres noches, entre ellas varias tías y un chileno con el que departió buen rato, bastante conservador y entre cuyas preferencias públicas estaba un grupo denominado “Garson komemierda ala karsel”. Acepta todas las solicitudes. Después, busca ofertas de trabajo y habitaciones en alquiler baratas y alejadas del centro de Londres. Tras dos horas, vuelve a comprobar su bandeja de entrada. Le molesta que ella no quiera responder. Es un castigo infantil e inmerecido, piensa. Pero volverá a intentarlo en unos días. Cuando ella haya podido reflexionar y se haya dado cuenta de que C había tomado la decisión correcta por el bien de los dos.

B recuerda que cada curso escolar se celebraba un Día del Árbol en su colegio, y cada año se llevaba a los niños al campo para que plantaran un retoño con la promesa de que, tras esa jornada crecerían decenas de arboles para repoblar el terreno. Como el día de la Paz, como el día de las culturas, nadie se ocuparía de esos retoños después. No habría bosque prometido. Sobre el papel, Paz, Igualdad, Felicidad, Medio Ambiente parecían asignaturas escolares de la Humanidad que progresarían adecuadamente, metas alcanzables en veinte o treinta años, a lo sumo. Pero nadie fue a regar los arbolillos a la semana siguiente, ni a la otra. Y eso pesaba en la conciencia de la niña sería y práctica que era B, quien realmente había disfrutado del Día del Árbol, del bocadillo y el zumo en minibrick, de las canciones alusivas a amorcillos infantiles en el autobús de vuelta y, sobre todo, de la actitud paternal y paciente de los guardas forestales que les habían acompañado aquel día y les habían hablado de la Naturaleza. Con la misma bondad intacta con la que se compa-

decía de las hormigas que otros niños pisaban, se descubriría al verano siguiente pensando en el seco terreno y los proyectos de pinos agostados. En realidad, cada año que pasaba los recordaba con mayor intensidad.

Cuando C regresa de comer un kebab por ahí, en Euronews todavía emiten el bello penacho de humo blanco del volcán. C piensa que la ausencia de amenaza para la población islandesa no lo hace menos bello y terrible. Sube el volumen y escucha la retahíla de problemas que el locutor desgana. Vuelos cancelados. Operaciones comerciales anuladas. Profesionales cualificados atrapados en países ajenos. Importantes negocios sin resolverse. Bodas retrasadas. Vidas atascadas en aeropuertos. C siente como propio el atasco en su interior. Siente hambre repentinamente. Cambia de canal. Pero en todas partes, el Eyjafjalla es noticia. C mira el único ojo del volcán, enfocado desde arriba por un avezado helicóptero. El agujero parece mirarle directamente a él, parece llamarle sin palabras. Recuerda a los amantes pompeyanos abrazados de aquella noche. Se imagina junto a su ex, atrapados por la lava en un último abrazo fatal. Algo hace “clic” en su cabeza.

Con motivo de la boda a la que asiste como invitada en su pueblo natal, B aprovecha para visitar a su familia. Toma café con su madre y sus tías. Suena el teléfono y resulta ser una tía lejana que llama para anunciar con gran dicha que su primogénita de 24 años se ha echado novio formal y lo ha presentado en casa. Ante la feliz noticia, la madre de B exclama:

–¡Ay! ¡Dile que me alegro mucho y que le mando un beso! Pues a B ya se le está pasando el arroz...

La maldición es recibida con regocijo entre las presentes, ignorantes de ciertos detalles en lo tocante a la vida privada de B. Ella escucha con estupor desde la cocina. Guarda silencio y gira nerviosamente la cucharilla del té, meditando acerca de las diferentes recetas de arroz con leche que ha probado desde que aprendió a cocinar y que, por un motivo u otro, no han cuajado.

El coche del primo es un trasto que conduce a bastante velocidad por la carretera de Logroño, deslizándose entre camiones que salen de las vías de servicio de los numerosos almacenes de muebles, saneamientos y otras industrias. A le pregunta por su novia, sus cosas, señala la torre de Pikolín y recuerdan un partido del Real Zaragoza que les llevaron a ver juntos de niños.

–Oye, A –comienza él– no me quiero meter en tu vida, ya lo sabes, pero hace días que quería hablar contigo de una cosa.

Antes de que empiece, A ya sabe lo que le va a preguntar. Algo que lleva un año ocultando. Algo que nadie sabe. Ni siquiera sus amigos. Mucho menos su familia. Algo que no puede contarse ni a un condescendiente calzetín imaginario. Una metedura de pata tan grande que no ha sido capaz de decir en voz alta y que nunca, nunca se perdonará. Su primo, al parecer, había coincidido en un concierto con un antiguo compañero de carrera de A, con el que tenía amigos comunes. Charlaron un rato de sus respectivas vidas. El compañero estaba muy feliz, porque acababa de aprobar unas oposiciones. “Muy bien. Todo genial. Y qué putada lo de tu prima. ¿Cómo pudo pasarle?”

–¿Te caíste de la lista de interinos, verdad? –pregunta él, con el cuidado del que saca una flecha del pecho a un guerrero amigo.

Retira la mano del cambio de marchas y la posa sobre la mano de A. Ella sigue mirando fijamente por la ventanilla mientras aprieta los labios. Ya están enfilando su calle.

–Te convocaron para trabajar y se te pasó comprobarlo –afirma él–. Y ahora no hay ninguna posibilidad de arreglarlo, ¿no? –la mira con pena infinita.

–Me dejas aquí, ¿por favor? –Le da un beso en la mejilla y se baja del coche. A se para un segundo y se gira. –Oye...

–No. No diré nada.

Los contrayentes habían resuelto la delicada tarea de distribuir a los invitados durante el banquete con la férrea dedicación de un diplomático soviético de la Guerra Fría. B lee su nombre junto al de otros desconocidos, y no se le escapa el hecho de que ha resultado ser el jarrón feo que nadie sabía dónde colocar. Se despide hasta los postres de los viejos amigos que, en número rigurosamente par, comparten una mesa exigua a la que ya no podía añadirse asiento alguno. Una vez sentada, descubre que el resto de los comensales constituyen a su vez una exquisita colección de jarrones feos. Dos tías solteras que ya no cumplirán los 40, un compañero de trabajo de Ex-ex que ha acudido solo, dos sobrinas adolescentes que ya no pueden estar en la mesa de los niños ni quieren estar con sus padres, y, por último, la *pièce de résistance*: el padre divorciado de la contrayente, caído en desgracia marital y económica a causa de un desfalco. La velada transcurre sin sobresaltos ni detalles destacables, a excepción de los denodados esfuerzos por parte de B para, a su izquierda, no escuchar la intrincada vida sexual que se confiesan las adolescentes y, a su diestra, frenar los avances del compañero de trabajo de Ex-ex, progresivamente alcoholizado. Alguien debía de haberle asegurado que iba a mojar esta noche. Con B, para ser más exactos. En la decadencia de los postres, la novia se da el tradicional garbeo de cortesía por las mesas de los invitados. Mientras intercambia unas breves palabras con su padre, sentado a la derecha de B, ésta contempla su melena

rubia en perfecto semi-recogido y su favorecedor, pero natural maquillaje. N se gira y le sonríe, espléndida en su felicidad de joven casada. Soy una tía estupenda y segura de mí misma, dice esa sonrisa. Acepto el pasado de mi esposo y disfruto de su amor incondicional. Por eso no me importa que hayas venido t , musaraña de vestido prestado, reminiscencia del pasado, excrecencia sentimental. Se agacha amistosamente junto a B, le coge de ambas manos y la mira con una sonrisa. –Me están matando estos zapatos, ji,ji. Oye B, dice N bajando la voz, quiero que sepas que para Ex-ex era muy importante que vinieras. –Ya, ya... gracias por invitarme. Me ha encantado la ceremonia y todo. – En serio? –S , sí. Lo de las palomas volando ha sido muy bonito y lo de que le hayas cantado un bolero en lugar de leer los votos ha sido muy original. –Jo, gracias, gracias... Lo que te digo, Ex-ex nunca se perdon  lo que te hizo y sintió mucho alivio cuando se enter  de que ibas a venir. Que vengas aquí le ayuda, algo así, no s ... a hacer las paces con su pasado y empezar esto con más madurez,  sabes?

B le suelta lo más suavemente que puede las manos. No necesita más confiancias de ese tipo. Contempla a N, con su piel tenuemente bronceada y su precioso vestido recamado en chantilly. No entiende por qué Ex-ex se ha casado con N. Ni por qué tard  dos años en comprometerse con B. Ni dos años en meterla en casa. Ni por qué nunca le preocup  que sus padres no la apreciaran. Bueno, sí lo entiende. N es muy guapa. De un modo convencional y perecedero, desde luego. Pero muy guapa. Y, lo más importante, parece no necesitar a Ex-ex. Podr  haberse casado con casi cualquiera, pero lo eligió a él. A un nivel profundo, le resultaba del todo prescindible. Todo lo contrario de lo que le había ocurrido a B.

–A los padres de Ex-ex les parecía un poco raro que vinieras, pero al final se han dado cuenta de que las cosas ahora son

así... que esto es lo más normal del mundo ¿no? El pasado no hay que borrarlo, ¿verdad? Ja, ja, ja...

–Es verdad... imagínate qué error –dice B poniéndose en pie y agarrando el bolso–. Si hubiérais hecho caso a eso, no estaría aquí ni la mitad de gente.

N se la queda mirando con la sonrisa en modo automático, sin comprender muy bien.

–Me refiero –continúa B en voz alta y clara– a que con la cantidad de tíos que están cenando aquí hoy y que te has tirado en algún momento, habría sido un coñazo tener que advertir de ello a tus suegros para que hicieran una boda más sencilla.

Desde su asiento de pasillo, C observa cómo se encienden los monitores de las pantallas y aparece el título de la película con la que van a amenizar el vuelo, *Joe versus the volcano*, una adorable bobada de los ochenta. C alza la cabeza y mira alrededor para comprobar si el resto de los pasajeros es consciente de la enormidad de la serendipia, pero todos siguen enfrascados en sus guías de viaje. Se dirigen al aeropuerto de Reikiavik y son en su mayoría islandeses, que regresan felices a su isla tras un destierro temporal, y aventureros que quieren ser los primeros en fotografiar de primera mano el fenómeno. C ha tenido que posponer sus planes dos semanas a que la nube de cenizas remitiera y pagar una pequeña fortuna, sus últimos ahorros, por el billete. Mientras un joven Tom Hanks es ofrecido como sacrificio al dios del volcán en la isla de Waponi Woo, C repasa mentalmente su equipaje. Ha tenido tiempo de prepararlo con sumo cuidado durante los últimos días. Sobre su regazo descansa un simple mapa de carreteras de Islandia y varias guías turísticas de la isla en inglés, pero en las bodegas del avión viajan facturados a su

nombre: un teléfono 3G, un GPS, varios manuales de espeleología, vulcanología y montañismo; crampones para el hielo, un bastón de aluminio y cuerda de escalada de distintos grosores; botas de trekking y otra indumentaria en goretex; un botiquín de primeros auxilios; comida deshidratada; pastillas de potabilización, linternas, baterías, una navaja multiusos y por último, una bella brújula de segunda mano que encargó en E-bay a Jules@1864, un proveedor especializado en materiales de aventura.

Al poco de empezar la barra libre, B ya se ha tomado cuatro cubatas uno detrás de otro. Bailotea torpemente haciendo girar el vuelo del vestido y va moviéndose de grupo en grupo, sin querer participar en ninguna conversación y poniendo mucho cuidado en evitar a Ex-ex y a N, que es tan encantadora que ni siquiera ha pedido que la echaran. Probablemente sienta tanta pena por B, que haya enterrado la escena anterior en algún útil pozo de la memoria, para así disfrutar a tope del resto de la noche. Pasan pocos minutos sin que B no sienta la necesidad imperiosa de vomitar. Corre al baño. Arroja el menú de 100 euros por el retrete. Distingue briznas de ternasco asado y entremeses entre el resultado. Si pudiera, se metería dentro del sanitario como aquel personaje de *Trainspotting*. Bucearía a través de infectos conductos y tuberías hasta llegar al fondo de un mar azulérrimo. Nadaría entre delfines, contemplando la vida marina multicolor. Se tendería en el lecho del océano, rodeada por sus propias burbujas y se acurrucaría entre corales y anémonas. Hasta que un príncipe Tritón la viniera a despertar. Levanta la mirada y se mira en el espejo. Se recompone un poco el estilismo. Se lava la cara y se la limpia con una servilleta de papel. Se da cuenta de que hay restos de vómito en sus zapatos prestados. Cuando sale del baño, se topa de frente con Ex-ex, que está apoyado en la puerta y esperando su turno para mear, meterse una raya o ambas cosas.

–¡Beeeeeeeeee! ¿Qué taaaal? –grita eufórico él mientras la abraza feliz.

–¡Holaaaa! ¡Enhorabuena! ¡Qué boda tan guay! –dice B sin encontrar el adjetivo conveniente.

–Sí. ¿Estás a gusto? ¿Te lo has pasado bien? –dice él arrastrando las eses–. Estaba preocupado por ti... porque claroooo...

¿Claro qué? –piensa B. Comienza a sentirse como la huerfanita de una película muda. Todos compadeciéndose de su triste fortuna, pero pasando como de la mierda de comprarle cerillas en medio de la nieve.

–Pues... eso, que me contaron lo de que te había dejado aquel tío con el que ibas. Y ¿sabes qué? ¡Que le den por el culo! –enfatisa gritando y subiendo el cubata a lo alto–. Que seguro que no te merecía.

–Sí... sabes, en realidad, no estoy tan mal ¿eh? –dice B, sintiendo que empieza a marearse. Ex-ex le pasa el brazo por la cintura y se acerca aún más.

–Tú vales mucho B. Eres una tía majísima y seguro que encontrarás un día a esa persona especial que te hará feliz. Yo la he encontrado y, mira, hace un año ni siquiera me había enrollado todavía con N. Y, mira ahora –repite “ahora” visiblemente borracho–, queremos tener hijos enseguida y todo...

–Jo, qué bien... me alegro mucho por ti, de verdad –asegura B, deseando zafarse de él.

–Pero, ¿sabes una cosa? –suelta Ex-ex de repente, sujetándola más fuerte– que yo estoy muy enamorado de N, pero a veces todavía me acuerdo de ti. Pero en plan bien, ¿eh? Me acuerdo de una cosa. Me acuerdo de cuando nos duchábamos juntos y tú me bañabas como si fuera un niño. Eso me encantaba. Y con

N, pues no lo hago. Porque no le gusta que nos duchemos juntos, le parece incómodo. Y, a veces me pongo como triste, no sé... si pienso en que nunca, nunca más, alguien me volverá a bañar como lo hacías tú...

–¡Me dice mi hija que te ha pedido chucherías y no has querido darle! –oye A a sus espaldas.

A se gira con desánimo y cansancio, investida de la dignidad que otorga un disfraz casero de payaso. Una señora, vestida como una inmensa Fruta de Aragón con peineta, ha irrumpido en el jardín de un restaurante especializado en eventos y comidas de masas, donde A está intentando despertar del sopor a unos niños grises y disfrazados de adultos elegantes.

–No pienso darle chucherías a tu hija –responde A– porque me los ha pedido de muy malos modos y me ha llamado “payasa” –termina A, eliminando mentalmente del discurso “de forma despectiva” y señalando a una adolescente flaca, cuyo wonderbra asoma por un vestido de fiesta color chicle, y que la mira con desprecio, parapetada tras su madre.

–Bueno, no sé como te ha llamado. Pero yo pago la mitad de esta boda. Y he pagado catorce menús infantiles. Y han venido trece niños. Y si no me salen mal las cuentas, sobra un menú infantil con chucherías. Y si mi hija te las pide, pues tú, que estás aquí contratada, se las das.

–No pienso darle chucherías a tu hija de quince años, que fuma y bebe cubatas. Es que ya no es una niña, ¿sabes? –chilla A, agitando las manos– ¡No se puede tener todo en la vida! ¡No puedes pretender beber cubatas y seguir teniendo derecho a que te den chucherías! ¡Hay que elegir! ¡Es una lección que le estoy dando! ¿No lo entiendes?

La señora y su niña, aferrada en efecto a un cubata, dan un paso atrás con el rostro descolocado y se meten sin replicar al interior. A sabe perfectamente que han ido a quejarse al encargado. De los trece niños que las rodean, uno de los más pequeños se echa a llorar y llama a su madre. El resto miran a A con un atisbo de miedo e incomprensión. Se quita su nariz de payaso y piensa que tal vez sea hora de dejar el negocio de hacer felices a los niños.

A las 02.35 am de su cuarto día en Islandia, un martes, 2 de junio, C está a media altura de la ladera del volcán. Allí, oculta entre rocas negras, se abre la estrecha grieta de tres metros de altura con la que soñó la noche anterior y que provocó que se despertara bañado en sudor. Sin embargo, ahora es consciente de su error. Ha llegado exhausto y arrepentido. Las ampollas, el dolor y un repentino pánico han hecho que su entusiasmo se evapore. Se quita la mochila de la espalda, clava el bastón y se sienta sobre una roca. En un lateral del plumas lleva una edición de bolsillo del libro de Verne. Pasa sus páginas, esperando una señal que le indique cómo continuar. Debió intuir que en solitario y sin una buena preparación física no debía emprender esta misión sobrevenida. Ni siquiera sabe muy bien qué va a ocurrir ni cómo hacer que ocurra. Sin embargo, ya es demasiado tarde para echarse atrás. Debe viajar al interior del volcán. Tiene que llegar al centro de la tierra y esperar que se produzca una revelación, el último signo de esa cadena de señales de los últimos días que le han empujado a ese enclave lleno de líquenes marciales y charcos de hielo derretido. Recuerda mentalmente el ambiguo mensaje de despedida que dejó desde Reikiavik en el contestador de sus padres. Piensa en sus perros y siente que ellos están acordándose de él también en ese preciso momento. Decide que lleva demasiado peso como para aventurarse al

interior de la gruta. Abre la mochila y saca toda la ropa excepto una chaqueta impermeable y unos calcetines. La extiende por el suelo y dibuja con ella una flecha señalando a la grieta. Justo antes de entrar, teclea un último mensaje en el móvil. Es para B y contiene una sola palabra: “Gracias”.

Visiblemente turbada y con el estómago vuelto del revés, B abandona el salón del banquete. Mientras espera un taxi en la puerta se encuentra con A, que sale de su última actuación en el mundo circense. Aunque nadie lo adivinaría, aunque parecen pertenecer a universos muy ajenos, aunque llevan años sin verse, ambas fueron amigas en el instituto. Muy amigas. Esa clase de amigas del alma que hacen todo juntas, visten igual y tienen los mismos gustos, incluso en materia masculina. El entrañable tipo de quinceañeras que se prometen amistad eterna con lágrimas en los ojos y se conjura para hacer grandes cosas juntas en cuanto cumplan la mayoría de edad: alquilar un coche para viajar hasta París, compartir un apartamento en el que todos los días sería fiesta, respetar a los novios de la otra, ayudarse por siempre jamás y decirse siempre, siempre la verdad. No obstante, si les preguntáramos, ninguna sabría fechar el día en que comenzaron a distanciarse. Puede que fuera en el momento en que una hizo algo que la otra no veía con buenos ojos y se lo dijo. O al revés. El día que cualquiera de las dos hizo algo inadmisibles y la otra prefirió callar e, inconscientemente, dejó de llamarla para tomar café. Eso nunca lo sabremos.

—Jo, tenemos que quedar —dice A, sin ninguna convicción.

—Sí, sí... a ponernos al día. Aunque, la verdad, no tengo mucho que contar. Pero tú seguro que no has parado estos años. Tenía pinta de que te iba a ir genial, ¿no? Esto de ir de payasa es temporal, ¿no? —dice B sintiendo al instante que ha metido la pata en

el mismo hoyo al que ha arrojado a su antigua amiga en un segundo.

–Bueno, sí... –responde A, algo azorada– En realidad, a mí me gusta. Está bien y no lo pagan mal. Sólo que es un poco inestable, pero estando todo como está... y eso... pues... en fin... ahora mismo lo prefiero, ¿sabes?...

–Claro, claro. Si quieres hacer otras cosas a la vez... es lo mejor –concluye B. Siente culpa por su torpeza y cierto alivio, porque parece que toca a su fin otra conversación de circunstancias de esas que da pereza mantener más de veinte segundos.

–Y qué pronto te marchas del bodorrio, ¿no? –pregunta A, queriendo devolver la pregunta embarazosa– ¿Esperas a alguien?

–No, no... he venido sola... –B se para un momento y, de repente, dice –Bueno, en realidad, lo que pasa es que el chico con el que estaba me ha dejado hace poco, y he venido sola. Y ha sido todo un poco raro y desagradable, y estoy cansada y no tengo ganas de hostias, así que me voy a casa.

A se la queda mirando y, por primera vez en cinco minutos, la ve realmente.

–¿Sabes qué? –dice–. Yo tampoco llevo una buena noche. En realidad, no llevo una buena temporada y también me estoy escapando antes de hora. Así que, si te parece bien, cogemos el taxi juntas.

–Claro –contesta B con una agradable sensación de sorpresa y se atreve a sugerir– Nos podríamos tomar una última y a casa, por los viejos tiempos.

–Me parece una idea brillante –dice A sonriendo–. Si vamos hasta la esquina, es más fácil que pillemos uno.

Ambas se alejan caminando. Durante unos pasos, se mantienen

a un metro de distancia mientras rumian su propia carga, pero al poco, B se acerca a A y, torpemente, le toca el brazo.

–Me alegro mucho de haberme encontrado contigo precisamente hoy.

–Sí. Yo también –sonríe. –Oye, ¿te sigue gustando el tequila?

–¿Y tú has leído *Toda la Visigoda*?



# La cotidianeidad destruida

Por Laía Argüelles Folch

Zaragoza, 1986

**Segundo premio**



## La cotidianeidad destruida

### I

Hubo un antes  
años ha  
en que se llenó de víveres  
la despensa,  
que se alimentó de indicios  
de preguerra,  
cuando se mostró el envés  
del cobertizo.  
Después,  
aquella tarde en que preví  
el resquebrajamiento  
de la tierra, porque alguien pensó  
en mí,  
no hubo dudas, así fue:  
mis manos no dan de sí  
son demasiado pequeñas,  
sufriré durante años  
de este síntoma centinela.

### II

Perdido aquel  
que espere algo de mí  
y me requiera.

### III

Aquí,  
casi nunca pasa nada  
y, si pasa,  
es algo triste.  
Apenas lo dudo,  
es lo único que existe.

#### IV

Tengo noticias que hacen que uno quiera  
llorar para siempre:

/

En una hora vacía en la que  
no viviré  
deduzco que no es posible pensar  
en otras manos  
que de repente estamos  
mudos  
y es así como nos llamamos.  
Y si luego vuelvo sigilosa  
pero me echo atrás,  
eso es ir hacia adelante.

//

Si hay otros muros antiguos  
que ahora  
descubro  
si la negativa final estuvo allí  
desde el principio  
cómo no creer en que el tiempo  
esconde  
aún más decepciones.

///

Si consigo desaparecer  
así al menos podré sonreírme  
a mí misma  
en un pasillo  
en otra búsqueda  
de vida en compañía  
que sé no será con ese nombre.

## **V**

Huimos corriendo  
y en vano  
como intentan escapar los caballos  
de un tiiovivo.

No hay más peldaños,  
sólo queda volver a bajar  
o saltar.

Pero es un precipicio  
y ya no tenemos alas.  
Nos hemos perdido.

He encontrado refugio  
en la desolación de una casa vacía  
hasta que deje de necesitar el silencio  
hasta que logre ponerle palabras  
a esta tragedia escondida.

Es gracias a las paredes blancas  
a la calma  
que entiendo  
la necesidad última  
de que no quede nada.

## **VI**

Si no te olvido  
es porque eres todo  
lo que recuerdo.

## VII

Las cuencas de los ojos desbordadas  
porque es así como nos ahogamos  
después llegan las noches tristes  
de los otros  
cuando descubrimos que es mejor  
buscar entonces  
porque el viento no mira a quien golpea  
y las palabras no dichas se acomodan  
bajo las mantas y los huesos.

## VIII

Si yo volara  
podría llegar a ti  
sin rozar nada.

## IX

Los días amurallados  
en los que llueve  
fuera y dentro de los cuerpos  
equivalen a las tardes  
en las que escribía cartas  
bajo la influencia de un árbol.  
Los golpes no dejan palabras  
y de los silencios que se rompen  
poco se puede esperar.  
Existen las visitas que salvan domingos  
y el frío inevitable de un invierno  
con las ventanas abiertas.  
Lejos aún existe un quizás.

## **X**

El dolor se viste de mentiras  
pero se desnuda  
con el roce de los cuerpos  
mientras llueve por sorpresa  
de madrugada  
y los trapos sucios se lavan  
y se esconden tras las esquinas.

En una habitación sin puertas  
nos parecemos al silencio de las nubes  
que se revela poco antes de una tormenta.

## **XI**

Me escondo este domingo  
en una voz desganada  
y nadie más tras las puertas  
mientras fantaseo con la posibilidad  
de un olvido sin consecuencias.

## **XII**

A partir de las ausencias preconcebidas  
que conllevan a buzones vacíos  
a bañeras vacías  
redescubro que tras lo invisible  
conviven los placeres  
que no anuncian las agendas.  
El silencio se rompe sólo  
con la reiteración de las palabras definitivas,  
las de una despedida.

El vaho se adhiere a los cristales  
para no poder verme nunca más  
en los espejos.

Y los pasillos se llenan de planes incumplidos  
propios de un presente voraz.  
El futuro se prepara para el olvido.

### **XIII**

En el estómago albergo mil nudos  
que se deshacen con tus palabras  
y acaso con tu crueldad desmedida.  
Mientras tanto los diarios  
se escriben, se terminan,  
por mi bien se sellan con lazos lacrados.

Las cortinas luchan contra el viento  
pero ya no tienen nada que defender.

Las manos y el sudor  
no entienden de lamentos,  
en vano buscan una salida,  
pero pronto entenderán  
que el silencio se debe  
a la cotidianeidad destruida.

### **XIV**

Cómo encontrarlo  
si está en una ciudad  
superpoblada.

## **XV**

La inexistencia de premios  
nos construye  
sin moldes que valgan  
ni reproches.

El fracaso –una vida de cartas–  
quedó patente desde el principio.  
Pero queda la suerte.

El egoísmo imperturbable  
de repente se abrió  
–y era domingo–  
para dejar paso  
a aquél que rehuye un nosotros  
porque siente la premonición  
de las heridas,  
y nos fuerza a una estación silente;  
duermen en la garganta  
los gritos.

## **XVI**

Ocurrirá  
era la única palabra  
pero a mi pesar  
hay quien prefiere los muros  
y un día alguien inventó la sílaba no  
y la antepuso.

## Los vasos comunicantes

### I

Deseo  
ser merecedora de palabras como abrazos,  
que el miedo a la intemperie muera  
por los golpes del granizo,  
celebrar un otoño conjunto  
siendo aún jóvenes.  
Después, también quizás  
una rutina desconcertante,  
un jersey de punto,  
dentro de un paisaje que irá  
del verde al ocre,  
y dar con lo que se me dijo  
incontrable.

### II

Aurículas reticentes  
recelan  
del oro que escondemos,  
son causa de demora  
dentro de la urgencia,  
en estos vasos comunicantes  
que esperan.

### III

El empeño constante  
a pesar de la represión  
de lo que el tiempo ha constatado  
durante humanos siglos;

la desaparición de los intersticios  
traerán consigo  
una decisión resolutive  
y durable:  
el propósito  
de vivir secretamente.  
(Dejemos que llueva  
entre los árboles).

#### **IV**

En fin, llegó la calma  
más allá de horóscopos  
y demás destinos planificados por otros.  
Aquella grieta temporal  
abarca los colores,  
prisas, asientos de autobuses,  
sobres con ribetes rojos y azules  
y las tentaciones a las que di la espalda.  
Vaciando el pasado de alharacas  
destruyendo rumbos  
haciendo desaparecer las horas de los trayectos  
y los amores intermedios,

ojalá lo que quede sea  
un presente fútil  
–pero a cuatro manos–.  
Ojalá alguien tenga de más  
y nos regale  
de la vida los pedazos.

## V

Nunca más allá de marzo  
(lo que dure el invierno)  
una apariencia irregular promovida  
por lo laberíntico de los adioses,  
y respaldada por frías mañanas  
desnuda los roles.  
Tras meses de madrugadas desdichadas  
y vacías camas deshechas  
las calles como venas,  
sin oxígeno, se presentan habitadas  
por piadosas miradas  
que prevén la despoblación de las sábanas  
a través de los andares descalzos  
y la desgana.

## VI

Se entretejen concesiones  
en un intento por apaciguar  
espacios negativos  
que causaron estragos  
y desperdicios.  
Alaridos que se escuchan a lo lejos  
anulan posibilidades de permanencia  
y los nudos, dentro de poco,  
llenarán los resquicios  
–los únicos que valdrán–  
entre cortinas.  
Mientras, los otros  
pierden todo el poder  
de sus linternas.

Tras rendirse  
dejarán de esconderse  
entre proezas.

## **VII**

Si me fuera dado  
no pediría tiempo en cuentagotas  
sino una tarde  
en la que poderme asomar  
a la humedad deslizante  
del invernadero.  
O tiempo  
para conocer  
quién trenzó el mimbre de la mesilla  
junto a nuestra cama;  
tiempo  
para cubrir de algodón  
la recurrencia miserable  
de las hoyadas en este bosque  
de recompensas postergadas.

## **VIII**

Auguro un invierno  
que hace agua.  
Tal será la tardanza.  
Tal la ausencia  
de cuerdas de salvamento.  
Preveo,  
todo ocurre según el lamento  
menor, el menor peso  
en la espalda.

Soy, ya hoy,  
la menor de tus desgracias.

## **IX**

Dentro de un tiempo  
nos curaremos del temblor  
por las visitas,  
nadie vendrá.  
Ni habrá que agasajar  
a los parientes,  
podremos dormir en paz  
a mediodía.  
Nuestra estirpe se divide.

Jamás fue ésta una guarida  
de construcción entibada,  
ni un jardín inmarcesible.

## **X**

Lo que se está gestando siempre  
es la tragedia,  
no la vida.  
La vida surge de la nada  
cualquier mañana  
contra los cuerpos.

La contingencia se ensaña  
entre silencios.

## Convalecencia

### I

Por no volver  
acumularás cartas.  
Yo te convoco.

### II

La despedida no es sino  
la sangre  
en la mayor embestida.  
Esta paz está perdida.  
Ahora,  
será la abulia.

### III

/  
Nadie ve el aspecto insalubre  
de esta casa,  
la amenaza de derrumbe.  
Y si reparan  
pasarán de largo, dirán

que se derruyan las vigas  
es tanto el cansancio

La inquilina hace acopio  
de las mantas y las vendas,  
es tanta la desgana.  
Un lustro se desangra.

//

Nadie sabrá de esta hemorragia  
interna cual secreto  
cual condena  
pues la mudez se hace más eco  
del dolor de los párpados  
y las cuerdas:  
lo que hiberna en la garganta  
se desencadena.  
He deshojado tréboles  
ajenos a nuestras venas.  
La suerte ha terminado.  
Me resguardo toda yo  
en alfabetos arcanos.  
El tormento se revela.

#### **IV**

Ahora ya no puedo contarlo  
quizás porque me has perdido  
o porque no podré jamás  
ser tan honesta.

Si sólo hay un vacío  
entre mi refugio  
y el tuyo  
será porque ya no quedan palabras.  
(te he dicho todo  
lo que tenía que decirle  
al mundo)

Sin duda  
he perdido el norte,  
he perdido a alguien  
en el norte.

## **V**

Fue una hora de sueño abrumadora  
un recuerdo de infancia despedida  
y una noche  
a punto de romperme en dos con mi pasado  
borrando mi futuro de un plumazo,  
e inundando mundos,  
porque los días son así de destructores  
sin tiempo suficiente para crear vivencias  
carentes de dolor o de estaciones.

Deseé años sin movimiento,  
viento del norte, un final triste.  
Y será una angustia ausente  
porque existe la costumbre.

## **VI**

“Y ahora  
se me abandona”,  
pensó quien acarrea aún hoy  
con ese amor unidireccional  
y resignado.  
Ser delicada  
estar callada  
de por vida  
y que la niebla la arrope bien  
en su desarraigo.

## **VII**

En la distancia  
se acallará sin más  
todo lo dicho.

## **VIII**

Descansaremos,  
yo y tu desapego,  
bajo el agua.  
He sido descartada.

Pervivo bajo un jersey  
hecho jirones.  
Anoche encontré refugio  
en los almendros.  
Más tarde me tumbaré  
sobre el estanque.

La vida se escabulle,  
como si nada,  
siempre en sus albores.

## **IX**

Tal vez  
nos reencontremos  
en una habitación prestada  
equidistante,  
y aún podamos ser afluentes.

## **X**

De esta piel erosionada  
nacen llagas,  
en este terreno ajado  
ya no hay brotes.

Pronto una tarde se irán  
de aquí las grullas,  
hacia un paisaje vacío  
de salinas.

## **XI**

Fue tan valiente  
llenar de recovecos esta casa  
vaciar el balcón de enredaderas  
tildar la decepción de hereditaria  
obviar todo pormenor

como tomarse un pasado a la ligera  
inclinarse por otros derroteros  
o extinguirse el primero  
de forma voluntaria  
en la glaciación.

## **XII**

Las manos no han de tener  
culpa alguna de sus cuerpos,  
son en cambio  
sufridoras  
como nadie en desacuerdos  
o en ausencia de piel.

Si algo tocarán mis manos  
serán puntos de sutura,  
esta vez.

### **XIII**

Esperé eso siempre  
y aún espero

que en más de un mes estival  
me cuiden con esmero  
en esa casa en que no me instalaré  
por exceso de miedo  
dentro de esa familia  
que ya he visto menguar.

### **XIV**

Un lustro no ha servido  
de respuesta.  
Un lustro ha quedado  
arrinconado  
cual libro en la repisa.  
¿Tendrá que ser  
en una filmoteca sin prisas  
en una tarde de té  
o en una siesta  
sobre el musgo,  
que descubriré:  
no habrá más mal cuando me dejen,  
no, el mal estará de más?

Tan poco valor  
para entender

algo que requería  
de una mera excursión  
de un día,  
sin mi mitad.

## **XV**

A ti te digo,  
verano en una isla,  
serás mi luz.

## **XVI**

¿Hay alguien que agradece  
mi paciencia  
que cuenta más de diez  
antes de hablar  
que llena mis mañanas  
con silencios  
y madejas de hilo  
de fibra natural?  
Sí, tal vez,  
y ya da igual.

Importa que no habrá  
bombillas en un verano  
insular  
junto al polo.  
El alba llegará después  
y no estaré.  
Quizás.

## **XVII**

Allí a donde regresé  
de tarde en tarde  
recobraré el algodón y las vacunas  
mi alcoba confiscada, algo de ayuda  
lejos de esta ciudad asentada  
en el desaire.

Me haré con paciencias  
y somier, nuevas cortinas  
de encaje.

Huyo de aquí y de toda  
contaminación de bagaje,  
acudiré a la vieja cita  
en ayunas.

## **XVIII**

Habrá caminos  
que dejarán de ser  
cuestión de vida.

## **XIX**

Llegarán  
de forma natural  
más latitudes  
nuevas flores vistas  
bien de cerca  
en un año que cae  
hacia el otoño.  
Se vive en solitario  
y sin reservas.

La entrega se verá  
devaluada, será  
un golpe de luz  
innecesario.

Sin más,  
un amor se aleja  
respirando.

## **XX**

De pie junto al ventanal,  
habitación recogida,  
si hay tormenta, será  
sólo para mis adentros.  
Con la tricota recubro  
esta salud que aún respira  
y que, envuelta,  
me colma de presentes  
dentro de esta casa, la mía,  
o de cualquiera.  
No es estación de lluvia:  
mi hombro anacarado se muestra  
entre las mudas.  
Todo acontece en calma,  
es tiempo de convalecencia.

## **XXI**

Seré toda salud  
en la pandemia.



# Vida subjetiva

Por Pablo Rocu

Teruel, 1988

Accésit



*A los que le tiran piedras a la luna*



Vida subjetiva  
es un estado interior  
donde no existe ni el tiempo ni los prejuicios,  
sin gobiernos,  
sin corbatas,  
donde las pelotillas de lana que se forman en las mantas  
valen más que el dinero.  
Donde el sonido del hielo  
cuando se agrieta  
es una canción.  
Vida subjetiva es la inercia que me mantiene liso  
para que todas las peonzas que lancé de niño  
sigan dando vueltas dentro de mí.



# I Atardecer

## **Pisotones**

No te diré nada si me pisas con el mismo cariño que lo hacen mis zapatos a la nieve.

## Atardenacer

Cuando viajo en autobús  
hay un tramo del camino  
donde todo se inunda de placenta  
y empiezo a bostezar.

Con una mano  
agarro la mochila,  
con la otra  
encierra al sol  
dentro del puño  
y duermo como solo saben  
los peluches.

Noto el cosquilleo  
de las señales de tráfico  
intentan llevarse mi sombra,  
kilómetro tras kilómetro  
sin despertarme  
hasta que mi puño se abre  
y deja pasar el frío entre los dedos.

En el exterior,  
tumbada,  
una mujer de tierra  
encierra al sol en su puño  
lo presiona tan fuerte  
que el parto del atardecer  
deja un brillo en el cielo

Aquí dentro  
embriones despiertos esperan nacer en la siguiente gasolinera  
hemos llegado;  
se amontonan por bajar  
se pisan  
se caen  
nadie se recoge.

Desde arriba miro sus caras  
y vuelvo a sentarme,

Solo fue un aborto.

## **Sustratos de mí**

Es muy favorable la gente que te hiere los pómulos de tanto reír,  
disfrutar del silencio de una televisión rota,  
no depender de un reloj,  
y ser puntual con lo que sentimos.

Es aconsejable ser iluso:  
contarte alguna historia antes de dormir  
y pensar que es posible cultivar un jardín en el desierto.

Es preferible perder todas las llaves  
que encerrarte por dentro,  
abrir ventanas a la culpa de todos  
y desde los puentes;  
cruzarlos y escupir como mucho.

Recomendable el espejo  
cuando aprendemos a mirarnos  
o crear esa simetría de amistad  
cuando nos une la música.

## **Tráfico I**

En la carretera de tus ojos  
hay un cruce de miradas  
donde siempre hay una patrulla policial que me detiene.

## **Chinchetas**

Con el tiempo me acostumbraré a caminar pisando chinchetas  
todos lo hacéis  
todos tenéis cara corcho  
los relojes con el tiempo se vuelven barba  
y las saetas que quedaron peleadas con segundos incómodos  
ya son una extensión mas de mi pelo.  
¿bailamos?  
Bailar a veces es pisotear las letras de un acertijo,  
por eso a penas bailo con la lluvia que no tiene fuerza.  
La solución  
atormentarme para que lluevan días soleados.

Las chinchetas son el césped regado  
con saetas  
barba  
Y  
lluvia débil.

## **Ríos**

El río lloraba tanto que se ahogó en sí mismo

lloraba al revés y se secó

¿qué te pasa río?

Quiero que haya vida en mis aguas por si alguien me pide que  
calme su sed

## **Tráfico II**

Tú eres un carril,  
yo otro carril.  
Somos una carretera llena de camiones  
Por eso apenas adelantamos algo.

## **Igualdad**

Ni todos los melones tienen piel de sapo,  
ni todos los sapos ojos de sandía.

## **Mermelada**

A veces de preocupación  
me vuelvo mermelada,  
me empalagáis  
os empalago.  
Se cruzan nuestros sabores  
en el menú del día,  
nos alimentamos.

## **Sombras de igualdad**

En las sombras de una pared  
nadie es mejor que nadie.

Vagabundos,  
políticos,  
barrenderos,  
abogados,  
cajeras del Mercadona  
y yo;  
solamente  
dejamos de mirarnos con recelo  
cuando estamos frente a un muro  
donde somos dibujados  
con el mismo pincel.

Lástima que haya tantas farolas mal colocadas.

## **Desierto**

Quizás fue por no llorar,  
Acabé siendo un desierto.

Mis manos enterradas  
mis ojos limpios  
y aun así,  
no saben descifrar los códigos  
que volatilizados  
entre objetos cotidianos,  
hacen que nos besemos como arena.

Dentro de mí,  
los suspiros suenan  
como alarmas de bancos atracados.  
Y cada vez que noto lagartijas en el pecho  
me doy cuenta,  
el deseo sigue ahí:  
Acampando en las dunas  
de polvo que hay en tu estantería.

## **Somos**

Tú **eres** tu propia evolución

Yo soy **mi** devolución con los demás

Tu y yo somos la **revolución** de un motor

## **Renacer**

Se me llenan los ojos de cactus  
cada vez que vuelvo a nacer.  
Cierro el puño,  
guardo todos los atardeceres muertos  
los lanzo lejos  
pero todos tenemos un perro que los vuelve a traer.

## **II Nocturnidad**

## **Búhos**

Los ojos de los arboles  
parpadean  
al notar  
el aliento de los búhos.

Los ojos de los búhos  
parpadean  
con el roce  
de la luna en sus ojos.

La luna no tiene ojos,  
se los arrancaron los búhos  
para evitar que vieran  
lo que aquí abajo  
estamos haciendo.

## **Invierno**

El frío más bonito,  
es el que me da bofetadas en la cara  
con la suavidad de hacerme sentir vivo.

## **Muecas**

Se nos nota en la cara  
cuando buscamos la complicidad del agua y la sed.

## **BeS.O.S**

Besarse:

desenaja por dentro,  
despierta hormigas,  
nos hace arder limpio,  
sin humo.

Saborearnos es un gusto.

Un gesto rojo,  
un gasto de saliva inacabable,  
un pozo.

Nos mordemos en dulce,  
en óxido.

Intercambiamos respiraciones  
como si fueran cromos repetidos  
y al final, no mandamos ni tú ni yo.

Nuestras lenguas se vuelven tan salvajes,  
que desde afuera  
parecemos cazadores lanzando cuerdas que a veces nos atan

## Lazos

Me consideráis especial  
Cuando enseño  
mis destellos.  
yo  
os considero especiales  
a vosotros  
cuando conocéis mi luz  
y no os ciega.

## Serpientes

A veces la noto en la espalda:  
me recorre,  
me baila en los hombros,  
esnifa mi caspa,  
me pisa con zapatos de tacón,  
muerde mis uñas,  
arranca mis cabellos para construir su nido  
y allí;  
descansa todas las horas de sueño  
que consigue robarme.

Está esperando a que espere algo para enroscarse en mi cuello,  
hacer de mi respiración una hormigonera,  
fragilizarme el cuerpo,  
cristal barato.

Es del tamaño de un minuto insoportable,  
color incertidumbre,  
ojos quebrados.  
Su piel,  
un charco de aceite.

Envenena impaciencia.  
Y lo peor:  
no es que muera mi cuerpo,  
lo peor es que mis intenciones mueran  
y yo siga vivo.

Síntomas:  
Levantarte incierto o no levantarte.  
Estar suscrito a un cariño que llega en pequeños fascículos  
y de forma imprevista.

## **Lengüetazos**

Lengüetazos de consuelo  
para saciar la hambruna de la forma más tímida.

Lengüetazos desinfectantes  
para cerrar grietas de antaño.

Lengüetazos de cariño higiénico,  
lengüetazos de precaución  
para no volver a envenenarse.

Allí es donde duerme la sabiduría de un gato  
en esa textura color felpudo que es capaz de arañar el terciopelo,  
y capaz de despeinar las hojas de un laurel.

Allí, en la lengua de un gato.

## **Tormentas**

Los días de tormenta  
mi mano es una nube de mosquitos.  
prefiero no rozar tus gafas  
por si los cristales se envenenan de mí  
y deciden codificarme

Empieza a llover,  
tus ojos se abren como paraguas  
y debajo crecemos con la timidez de un cactus.

Deja de llover,  
las últimas gotas se deslizan sobre el paraguas;  
están a punto de caer.  
no queremos verlo  
agachamos la cabeza,  
de nada sirve.  
El suelo es un espejo de agua  
inclinarse la cabeza es como ahogarse.

## **Equilibrios**

De noche llueven gatos sin dueño,  
condones anónimos  
y perfumes rotos.

No llevo paraguas.  
Espero que no se oxiden los equilibrios  
que mantienen mi paso sereno,

No llevo la misma chaqueta que ayer,  
el frío también cambia sus estados de ánimo.

No sé llevar la cara que te gustaría ver,  
eso es cine barato.

## **III Madrugada**

*A mi hermano*

## **Contratiempos**

Cuando a ti te suena el despertador, yo estoy sentado en el tejado esperando a que se apaguen las farolas.

Cuando tú preparas el café, a mí las mantas me abrazan de una forma tan ligera que puedo notar cómo te sobrevuelan las golondrinas al irte a trabajar.

Tú, en la calle, escuchas las campanas. Las campanas escucharon la vibración de mis ronquidos y empezaron a sonar.

Tú sales de trabajar y sigues viviendo en el gris.

Yo salgo de mi cama y empiezo a morirme en colores vivos.

Cuando preguntes la hora ten cuidado porque no todo el mundo existe al mismo tiempo.

*Lume...*

## **Aventuras**

Me aventuro en ti  
Te aventuras en mí  
Corremos el riesgo de descubrirnos

## **LAVADORAS I**

Muchas veces lo hago,  
estar delante de ustedes  
mientras mi cabeza  
da vueltas  
dentro de una lavadora  
donde el único jabón es el tiempo.

Y no es por higiene,  
eso era antes.

Ahora es porque me parece mucho más segura  
la inercia de las cosas ahí dentro  
que en el exterior.

## **Suicida**

Pom

Pom

Pom

Pom

Pom

Pom

Si el latido de mi corazón dependiera de mi constancia  
quizás no viviría.

*...café Habana Cadaqués, yo y la Mugre...*

## **Sentidos alterados**

Saboreando con las manos cada movimiento,  
escuchando cada color y mirando cada nota musical desde lejos  
para no ser visto.

Respiro la tranquilidad de un humo compartido por bocas ajenas,  
de un silencio protagonista en rincones que nadie quiere pisar.  
Abrazando la silueta de una silla igual de vacía que mi bolsillo,  
los segundos eran descontados por la vida como ganancia irrepetible.

Decidí calmar mi ansia con un trago de ron que se adentró en mí  
más que nadie.

Llegué a pensar que la gente es tan hipócrita como mi propio pulmón

cuando permite que cada calada invada su intimidad sin estar él a gusto.

De esto y de acallar a las verdades tenemos todos un poco,  
pero nada, parece que un parpadeo puede cambiar un paisaje.

## **LAVADORAS II**

No sé si me gusta ese cariño  
que es capaz de concentrarse  
en una mancha de tu ropa  
y no querer salir.

Por eso entiendo  
que es necesario centrifugarse,  
quedarme desorientado  
y esperar que me mandes  
besos llenos de brújulas.

## **Aislado**

Los días que me toco la barba  
como si no fuera mía  
me siento como las medusas  
que se enamoran de una bolsa.  
Decido contártelo  
pero tú  
recién afeitado  
sentado en la orilla  
solo escuchas el mar.

## **Pasos**

Quiero

Quiero ser

Quiero ser mío

Quiero ser mío y

Quiero ser mío y tuyo

Quiero ser mío y tuyo sin

Quiero ser mío y tuyo sin romperme

No quiero nada.



# Extrarradio

Por David Yáñez Barroso

Cáceres, 1982

Accésit



*He venido a beber y a escribir  
he venido a coger lo que es mío  
por eso estoy aquí.*

(Quique González)



## **1. INVIERNO**

## Esbozo

Dos yonquis tomando el sol  
recostados en el escaparate de una joyería  
–sinécdoque perfecta de esta ciudad–  
y chicas bonitas taconeando por las escaleras  
del metro a las nueve de la mañana,  
zigzagueando entre peruanos agarrados a sus sombras.  
Cabizbajos hombres de arcilla ungiendo  
de suciedad a deliciosas mujeres atareadas,  
hombres tristes y mujeres recién duchadas, limpias, diosas.  
Mis problemas ya nunca tienen nombre de mujer,  
tienen nombre de grandes compañías  
de suministro eléctrico o proveedores de gas.  
Mujeres en el metro.

Las más jóvenes protegen sus caras rojas  
en las páginas de la propaganda política;  
no es rubor  
no tiene nada que ver con miradas fugaces y asustadas  
es que están exhaustas; tampoco tiene nada que ver  
con sexo, son las nueve de la mañana, están limpias,  
pero es sólo agua. Apenas queda tiempo ya  
para el maquillaje o los sueños.  
Raymond Chandler está muerto, oigo decir  
y luego el chirrido de las vías como un punto final.

Hombres en silencio, mujeres sin maquillaje.  
Cuando era joven llevaba un bloc de dibujo  
en vez de una imitación de *Moleskine*  
y soñaba con dibujar a mi novia desnuda  
o con exámenes finales y felaciones

o con faldas de uniforme de colegio privado  
y todo era comida rápida y pantallas de cine  
y dibujar a chicas hermosas y fugaces  
y coches y tristeza fácil  
y todos los problemas del mundo y pagar el gas  
no importaba, no importaba, de veras.  
Y nunca  
nunca había montado en metro.

## Poética

Llené un libro con  
alcohol, chicas y balas.  
Lo vendí.  
Apenas unas monedas.

Hasta la sangre se olvida  
si te lavas con cuidado  
las manos.

Ahora, toca desandar  
la historia de cómo llegué aquí,  
lamentar todos los errores, incluso  
[los realmente divertidos.  
Saludar durante todo el trayecto  
con las maneras de un rey  
que desfila con todo su ejército  
camino del exilio  
y sonreír.

## Línea circular, octubre

Empecé a creer en algo.

No era Dios,

pero era lo suficientemente parecido  
como para sentirse culpable a veces

[y feliz el resto del tiempo.

Dios. Buena cosa.

Me hubiera gustado haber seguido creyendo  
pasados los doce años,

o sentir añoranza de mi pueblo algunos días  
o no sé, tener algo propio.

Algo que realmente me importase lo suficiente  
para poder lanzarlo ahora contra la pared

y hacerme añicos,

y destrozarse la habitación entera después

y pasado un rato

sentirme como un completo estúpido,

un hombre de alardes y sombras chinescas,

un *poeta*.

Y tal vez ese es el problema,

no hay nada de mi talla aquí.

Todos los poetas que estudié en el instituto  
eran maricones.

Y tampoco aprendí nunca a jugar al fútbol.

## **Madrugar, trasnochar, escribir**

No dejes pasar nada,  
transcribe todo de este día:  
el olor del café ha de ser igual al de ayer, recuerda  
café barato, honrado, de cafetera eléctrica  
y háblales también de esa chica  
y que le viste las bragas en las escaleras mecánicas,  
y no olvides el andén y el olor áspero de la noche  
y el *rock&roll* en los audífonos y los rostro, los rostros...  
Háblales también del tipo que viste tendido en el suelo  
anoche, de madrugada, al volver del trabajo  
y de por qué no le auxiliaste. Háblales de su rostro.  
Háblales del miedo de los taxistas, del sudor  
háblales del hollín, de los hombres anuncio,  
de los zapatos perdidos en los desagües, en las aceras,  
[en el cableado del teléfono...  
Muéstrales los túneles subterráneos  
que hacen que todo cobre verdadero sentido.  
No dejes pasar nada,  
transcribe todo de este día.

## **Por quién doblan las campanas**

Esta mañana, yendo juntos en metro al trabajo  
me besó al llegar a su parada  
y me dijo: *hasta mañana*.  
No eran aún ni las ocho y media  
pero yo tenía una entrega y no regresaría  
[hasta bien entrada la madrugada.

*Hasta mañana...*

Quise cogerla del brazo  
y decirle que todo esto era una  
enorme equivocación, que la quería  
y que teníamos que marcharnos de allí  
inmediatamente,  
pero me fallaron los reflejos y  
el silbato anunció el cierre de puertas.  
Me pregunto qué habría hecho Ernest.

¿Qué habría hecho un verdadero hombre  
con tanta tristeza?

## Go Johnny Go, go, go

Si quieres algo alegre escríbelo tú mismo  
me decía entre dientes  
imitando a mi modo la escena de *Taxi driver*  
[frente al espejito del baño.  
En la cocina un *Alka-Seltzer* bailaba *rock&roll*  
[en el fondo de un vaso de agua,  
y la cama siempre olía a perfume,  
en verdad, olía todo a perfume.  
Aquella época mecanografiaba versos  
como una ametralladora.  
Idioteces sobre las chicas con las que me acostaba  
y por qué no volvían a llamarme.

Creía sentirme terriblemente solo entonces.

Hoy he encontrado una foto donde sonrío  
apretando los dientes junto a una chica,  
una chica que no recuerdo,  
una chica bonita que sonrío y ya se fue,  
una copia en papel brillo de 13 por 15  
que yo mismo revelé en la facultad de arte,  
la leyenda arruinada de nuestra promesa de amor eterno.

La he pegado en la pared y he esperado a que  
algún amigo llamara por teléfono  
para preguntar por la chica  
y quizás también rememorar las noches  
en que nadie podía tocarnos,  
aquellas noches en que estábamos en llamas;  
pero no ha sonado el teléfono.  
Hace semanas que no suena.

## Corazones vacíos

Ella sólo se olvidó de decir adiós,  
ya sabes que era descuidada,  
ella te sigue queriendo como en esa canción  
[tan triste.

(...) *You're nobody, girl / Nobody, girl*

¿Qué se supone que debías hacer?  
te abofeteó y se quedó allí mirándote  
y lloraba de puro amor, era  
la chica de nadie.  
Deberías haberla tirado escaleras abajo  
[para salvarla.

Y

no lo hiciste. La desnudaste con cuidado,  
le destrozaste la vida y a la vuelta de un año  
por fin decidió marcharse.  
Ojalá me hubieses tirado por las escaleras a tiempo  
te susurró mientras se vestía.

*Nobody, girl / Nobody, girl / You're nobody (...)*

Entonces sólo quedó esperar  
a que la tristeza arrastrase los muebles  
en una crecida  
para poder señalar por siempre la marca  
que dejó el agua salada en el papel pintado,  
*tonta niña tonta, llorona y tonta (...)*

Ella sonaba tan lejos por teléfono  
que no pudiste evitar llorar también por aquello  
[tan terrible que hiciste.

Ojalá pudieses recordarlo con exactitud.  
Ojalá la hubieses empujado escaleras abajo.

Y ahora estás perdido  
en un océano de tristeza  
en esta casa vacía,  
en estas manos vacías.

Un par de billetes de cincuenta  
serán suficientes para sentirte  
como el silencio del océano,  
mientras esperas al helicóptero de rescate  
[en la barca hinchable.

(...) *tonta niña tonta / Nobody, girl*  
en estas manos vacías.

## II

Un millón de años atrás todo era fácil,  
la gente se reía de todo y tú la querías  
y siempre estabas borracho y  
las casa vacía podría arder contigo adentro  
y te quedarías a verlo,  
eran lo que se supone que debías hacer,  
perdido en medio del océano.

¿A dónde llegaste? En la calle conseguiste  
algo para sentirte bien y emborracharte  
[en su lado del colchón.

Ella sabe que la amabas como a una hermana,  
o que el sexo siempre te hizo bien.  
(...) *tonta niña tonta, llorona y tonta*  
*You're nobody, girl / Nobody, girl (...)*  
en estas manos vacías.

### III

Todo estaba ante sus ojos,  
como el techo de la habitación  
en el que pegaste estrellas de papel fluorescente  
para que pudiera sentirse libre de escapar  
mientras tú fingías dormir;  
un capricho que nunca tuviste de niño.

Ahora sólo puedes apretar los puños  
para volver a sentirte dueño de un poco  
bajo el firmamento de papel luminoso  
de esta casa vacía  
y perderte en el océano.

**En el andén** siempre hay gente dormida  
o muerta sentada.  
Me siento a veces junto a ellos  
y les susurro orgulloso: yo escribí *Bailando  
bajo las estrellas tristes*, Ryan Adams  
me copió el maldito título...  
Luego guardo silencio, a veces  
cierro los ojos yo también  
y cuando llega el tren los dejó allí.  
El silbato y el cierre automático de puertas  
cuida de ellos  
cinco o seis minutos,  
luego desaparecen.

En el andén siempre hay gente dormida  
o muerta sentada.  
Uno espera que estén dormidos  
mientras los anuncios del subterráneo  
prometen toda clase de placeres,  
pero el mapa de metro nunca es del todo exacto,  
las tuneladoras excavan decenas de metros cada día  
y la red es siempre más y más extensa.  
Es innegable que de vez en cuando  
las mujeres de la limpieza  
han de encontrar algún cadáver.



## **2. VERANO**

## **Línea recta**

Es simple:  
cuando se hace de día  
te levantas de la cama,  
coges aliento,  
y haces otras muchas cosas  
mientras esperas que llegue  
la hora en que te puedas  
meter en la cama  
[de nuevo.

No hay héroe  
en esta autobiografía.

## **Afuera, en la calle**

Te veía allí sentada, cada tarde,  
te veía escrutar las formas de las cosas,  
el cielo sucio, gris, afeando el gesto, la gente caminado  
abajo, sin prisa, los edificios tristes, deslucidos, las colillas  
la pintura ocre confundándose con la suciedad, las ventanas,  
los jardines descuidados, la hojarasca yerma aún verde,  
tus cigarrillos, el riego automático que te despedía cuando  
te alistabas a la noche y cerrabas todas las ventanas.

Eras tan hermosa con tu maquillaje de invierno  
raro para este mes de agosto, raro para este barrio  
debajo aún el gesto esquivo y envejecido  
que a todos se nos pone pasados unos meses  
aquí en Madrid, bajo las cornisas, muy lejos de la Gran Vía,  
fumando un cigarrillo, en lo único que pensaba era en  
si al día siguiente estarías  
ahí, del otro lado de mi ventana, que daba a tu peluquería;  
y no se trataba de un poema de amor, era  
el paisaje tras las rejas, un piso bajo.  
Era simplemente una excusa para seguir allí, sentado,  
sin billete de vuelta.

El cielo sucio, gris, la gente caminando abajo,  
sin prisa, los edificios vacíos, colillas.

## **Barrio de La Latina**

Un grupo de tres chicas de universidad  
entra en el cajero automático  
sin hacer ruido para no despertar al indigente  
que duerme arrebujado en el lado contrario  
[a la máquina del dinero;  
las chicas tienen mucho cuidado con sus tacones  
para no pisarle la manta.  
Al salir sonríen, hablan,  
dejan que la puerta se cierre de golpe,  
sonríen aún más fuerte,  
esperan por unos chicos frente  
[a la boca del metro.

## **Los chicos tristes**

se convierten  
en hombres tristes.

Por el camino,  
encuentran  
mujeres tristes  
que no los hacen  
menos desgraciados  
por muy hermosas que sean.

## Ilusión óptica

Jóvenes norteamericanas,  
maquillaje y viernes noche.

Una hermosa chica rubia  
de tez acerada y enrojecida  
intenta seguir vestida de hada,  
mientras baila, sosteniendo  
su última lata de cerveza.  
Cerveza caliente en bolsas de supermercado  
coronas y varita de plástico  
con incrustaciones brillantes  
y falsas.

Otra chica, rubia, igual de rubia  
igual de rubia que todas las demás, abre  
su pequeño bolsito y saca  
un aplicador de insulina,  
de los que son como un lapicero grueso  
y se inyecta en el estómago;  
luego lo vuelve a guardar  
y la magia continúa.

Norteamericanas a un palmo del suelo  
con sus melenas muy rubias y sus tacones de charol  
y sus piernas desnudas de carne blanquísima,  
borrachas, ajenas a la suciedad del túnel.  
Sus voces resuenan en el andén  
imprecisas y desconcertantes  
como los doblajes de los dibujos animados.

## **Mirando una fotografía**

Toda la gente de esta foto  
está viva.  
De nada sirve.

Incluso lo más fuerte,  
como el amor  
también se vuelve viejo  
y chirría como las sillas de mimbre en verano.  
Es extraño cómo la gente que amaste  
dejan de importar  
a partir de un determinado momento  
y se vuelven apenas tres palabras:  
I LOVE YOU.  
Gente que amaste.



### **3. INVIERNO**

## **Bandera blanca ante el mundo**

Pobre chica  
no hay ningún hombre  
que quiera desvestirla después  
de la fiesta  
o sólo hablar  
y quizás algún día bajar a la calle  
para hacer ángeles de nieve  
junto a los coches aparcados en batería.  
Pobre hombre  
el amor fue tan ciego  
que nunca consiguió vestirse  
del todo correctamente.

Siempre es vergonzoso reír  
ante la desgracia  
pero esta noche  
simplemente duermen a solas  
el uno junto al otro  
sin importarles nada,  
bandera blanca ante el mundo.

Pobre chica,  
empezó a creer en Dios.  
Pobre hombre  
ninguno de sus buenos amigos  
tiene una hermana  
una chica bonita, sencilla  
como las que abundan en el interior.

Quizás podría decirse que nunca  
fue amor del todo,  
pero que nadie se atreva.

Bandera blanca ante el mundo.

## **Jueves, línea 6**

Más allá de las esquelas a doble página  
hay otra columna de nombres,  
gente corriente que también está muerta.  
Un anciano repasa sus apuestas con cuidado  
en la página de hoy,  
intenta no encontrarse.  
*Por mi y por todos mis compañeros*  
alcanzo a oírle decir.

## **Estos días**

como conversaciones  
de abuelos  
que se explican  
    [a medias  
tienen el brillo  
del invierno,  
o de las farolas.  
En algo se parecen  
a las canicas  
de los niños;  
afuera, en la calle,  
entre los charcos.

## **Gilda**

Ojalá pudiera dormir con Gilda,  
sólo dormir.  
Ceniza de cigarrillo sobre su vestido nuevo,  
olor a cosas recién compradas  
y a billetes usados.  
Ella seguro me conseguiría  
un par de amigos  
que me sacaran de este piso  
el tiempo necesario  
para poder tener sexo con algún otro  
(alguien mejor que yo)  
y aún así, de madrugada  
al llegar a casa  
todo sería infinito y maravilloso de nuevo  
sólo tumbarse al lado de Gilda  
y dormir.

## **Electrodomésticos**

Este orfanato de electrodomésticos y enseres  
que no se sienten apego, que recelan,  
que no hacen más que mirar por la ventana  
y asomar los brazos por los barrotes los días de lluvia  
me da cada día más trabajo,  
últimamente la vida en la planta baja  
ha cambiado mucho, algo pasa, no sé  
pero están inquietos, a algunos incluso he tenido que golpearlos,  
el pequeño tostador no hace más que causar problemas  
ahora que ha perdido una de sus resistencias.  
Yo les digo que los barrotes nos protegen de lo de afuera  
y que no me gusta ese juego de creerse presos  
pero mis electrodomésticos no me escuchan  
no piensan que ahí fuera hay ladrones, profanadores, asesinos,  
ellos sólo ven el arco iris los días de lluvia.

## **Primero necesitas historias de locura**

nada de cucarachas gigantes en el supermercado  
[en la mañana del sábado.

Tendrás que reducir tus momentos de violencia  
a las madrugadas de los lunes,  
buscar tus cicatrices,  
buscar cuerpos con las mismas cicatrices  
e intentar tener sexo sin haceros daño.  
Has de deshacerte de todo lo que sabes  
para empezar de nuevo; con otro nombre.  
El segundo nacimiento, el nacimiento consciente  
será de nuevo el principio,  
será la única manera de entender el poder del que dispones  
antes de que tu cuerpo no sea suficiente materia  
y empieces a absorber todo lo que tocas  
y poco a poco te conviertas en parte de todo  
[si no encuentras el momento  
para rendirte y tomar un par de pastillas  
que te hagan sentir más tonto y  
menos ansioso de destruir todo.

## Manos pequeñas de marica

Tengo manos pequeñas de marica  
manos que sólo sirven bien en la cocina  
o en los avatares de este arte inútil,  
manos para tallar musas  
a imagen de mujeres desnudas,  
manos para el placer de los otros sentidos,  
para esconder pequeños objetos de la vista,  
pero que nada pueden contra la luz del sol  
o las mujeres reales, rabiosas.

Tengo manos pequeñas de marica  
no manos grandes y viriles  
como mi padre o mi hermano.

No heredé de mi padre sus manos recias  
manos de tierra seca  
hechas para las empuñaduras y los mangos.

No tengo como mi hermano  
manos fuertes e inexpertas  
manos de gladiador,  
manos para acumular riqueza y mujeres  
y apretarlos muy muy fuerte contra el pecho,  
manos que pueden desafiar toda ley física  
y que nunca tiemblan con el frío.

Mis manos son pequeñas y hábiles  
manos de costurera o de *geisha*  
que sólo saben moverse diestramente  
por los cuerpos ajenos,  
manos nudosas, de huesos finos,  
dedos cortos y torcidos  
que sólo se acomodan bien a las malas posturas  
y adolecen de toda su destreza a la luz del día,  
manos  
que de nada sirven a un hombre.

## **La soledad (te da momentos absurdamente líricos)**

Tras los barrotes, la luna llena  
parece un imposible,  
y me siento hoy como el Conde de Montecristo.  
Pero no es más que un bajo;  
y las rejas para que no nos entren a robar  
[lo poco que tenemos.

## **Campanilla**

Campanilla dijo que se había acabado,  
pero a pesar de su evidente cara de cansancio  
Peter y Wendy siguieron bailando.

El grito de terror se escuchó en toda la avenida.  
Días después pusieron paneles de metacrilato  
de dos metros de alto en la barandilla del puente.

## **El magnetismo de los precipicios**

Cuanto más acerco mi rostro al espejo  
más extranjero me siento  
como si la proximidad del destino  
me hiciera imposible valorar  
la distancia recorrida,  
como si la ausencia de un incendio  
fuese perturbadoramente extraña,  
como si al girar cada esquina  
esperase encontrar hermosas mujeres  
calcinadas.

## II

Esperar a que algo trágico y silencioso ocurra,  
tropezarse en un funeral, caer de bruces frente al féretro,  
un mal presagio de cualquier tipo, de cualquier clase,  
un hilo de sangre brotando imperceptible de la nariz  
[de tu mujer mientras te sonríe.

## **4. Y DE NUEVO VERANO**

## **A quemarropa (otra casa de alquiler)**

(...) incapaz de hacer ya nada más  
dejó las llaves sobre la mesita de la cocina  
y se lavó las manos.

La vida no tiene significado, se dijo.

El tostador roto sería su herencia  
al próximo inquilino,  
en verdad, nunca fue suyo.

La quemadura que se hizo con la resistencia  
cuando lo rompió  
sería su sello en el pasaporte.

## **Final**

Plano de conjunto. Huida.

Un plano que lo abarca todo.

Todo.

En detalle le vemos:

cabeza vacía,

la frente sobre el cristal. Huida.

Corte a negro.

Final. Madrid.

Créditos.

Nombres

en una columna sin orden,

mezclando

gente sonriendo

y gente a punto de romper a llorar.

Gente.

Imposible recordar

todos sus nombres.

## **Fountain Park Casino (Edinburgh)**

Las chicas del casino sonrían a las putas  
para coger buenas propinas,  
pero nunca se dejan tocar por los clientes.

Madrid era ya  
como el hueco que dejaba en la cama  
cuando iba a esperarla a la puerta de atrás  
a las cinco de la madrugada  
y al salir me sonreía  
y no decíamos nada  
y volvíamos a casa  
[a acostarnos.

## **Dancing when the stars go blue**

(título robado a Ryan Adams)

Bailando bajo las estrellas tristes.

Bailando cuando la música se acaba.

Bailando bajo el aguacero

[con los calcetines mojados.

Bailando mientras pasa la lluvia de cometas

arrasa el mundo que no nos importa o se detiene

en mitad del camino

bailando en medio de un charco

[con el firmamento bajo nuestros pies.

Bailando eternamente en una tira de cuatro fotos

de las que yo sólo sonrío en dos

(aunque tú nunca te das por vencida).

¿Dónde quieres ir esta noche

cuando las estrellas se pongan tristes?



# Literatura Joven

2010



Patrocina

